

E.  
D. 5

77

Fornata

12 x 17

Resol. 8/3

Resolución de la

Comisión de

Historia Nacional

de

M. 22.

Acto I

33 folios

DON JUAN 38  
Obra en tres actos de

ENRIQUE AMORIM

1

33 f.

DON JUAN

PRIMER ACTO

*Cámara*

Escenario: ~~blanco~~ negra, ~~con~~ (cortinados transparentes en el foro) negros o grises a derecha e izquierda. Amplia mesa familiar de comedor con dos ~~fronteros~~ *fronteros* de plata acompañada de sus correspondientes sillas y un sillón ~~frailero~~ *frailero* a que se referirán los protagonistas. Imaginarias ventanas en el foro, ~~compuestas~~ *compuestas* por luces ubicadas ~~en las~~ *en las* ventanas imaginarios. Sobre ~~la~~ *la* mesa ~~un~~ *un* ramo de flores, ~~sin~~ *sin* ningún objeto. Al ser virse el desayuno todo se jugará como en una pantomima.-) *Entre lateral izquierda, ventana, ventana*

ESCENA I

GABRIELA, mujer otoñal, atrayente, de voz enérgica y un vago mal humor al entrar en ~~escena~~ *escena* como si le fastidiaran los cabellos que caen sobre su frente.

VIEJA, mujer de edad indefinida que al levantarse el telón ~~hará~~ *hará* ademanes y gestos como si diese luz a la habitación. Cada ademán suyo dará paso a la luz de las ventanas. Sorprendida en dicha tarea la encuentra Gabriela.

GABRIELA.- La eterna manía de inundar todo de luz! Deja entornadas esas ventanas. Si algo sobra en este lugar del mundo, es la luz. Ya sabes que la luz me enneguece, que me carga! Basta ya de abrir ventanas, por favor, Vieja!

VIEJA.- Sigue ~~ese~~ *ese* desasosiego, señora? No hay que demostrarlo. El disimulo es femenino, cosa de mujeres. Una viuda pierde su encanto si se deja ver por dentro.

GABRIELA.- ¿Qué es eso de dejarse ver por dentro? Yo no tengo ni adentro ni afuera. Déjate de sandeces y hazme una penumbra civilizada, un medio tono que disimule la ~~evidencia~~ *basencia* de esta tierra salvaje.

VIEJA.- Por ser salvaje debemos cultivarla con buenas maneras, y las

buenas maneras no nacen, sino que se inventan, se heredan o se cultivan en invernáculos. Si hay dinero para ello, por cierto.

GABRIELA-No es día para consejos, Vieja! Desde el amanecer relinchan los ~~caballos~~ sementales en las "écuries". Lo has oído?

VIEJA.- ~~El~~ sol, señora, empezaron a relinchar. Ahora ya sacnan a ronco. ¡Oiga, oiga! (No se oye nada). Se diría que han madurado como los trigos en el triguero. ¡Y en bien pocas horas! ¡Rompió el cristal de la mañana con sus coeces, con una violencia espléndida!

GABRIELA. Esa violencia es lo que me puso de mal humor. Me desperté sobresaltada.

VIEJA.- No, se despertó sola, que no es lo mismo. (Pausa)

GABRIELA-Mi marido no tuvo tino al levantar las caballerizas tan próximas a la casa. Algún día haré cambios, las alejaré.

VIEJA.- Estos animales nos acompañan. Son más tolerables que las plañideras ovejas, que las quejumbrosas vacas. Acaso no siente usted las ganas de vivir que rebota en el relinchar de los potros? Sólo les aventaja el hornero cuando va a hacer el nido. Un pájaro que le puede al caballo.

GABRIELA-Luz y ruido es todo lo que tenemos de más. Luz salvaje, pájaros violentos, todo indomeñable e inhumano. Pero, por qué relinchan tanto, hoy, precisamente? Es que han habido cambios? ¿Acaso llegó la primavera sin que yo me ~~haya~~ <sup>haya dado</sup> cuenta?

VIEJA.- No, todo está en orden, señora. En el almanaque, nadie metió la mano y resulta tan inalterable como la Vía Láctea. Sólo el hombre puede hacer relinchar a los sementales de la "écurie"; (con sorna) sólo la presencia del hombre, que todo lo desbarata.

lo altera o lo transforma. Día vendrá en que viviremos en plena primavera por obra y gracia del hombre, no tendremos frío. Relincharán los potrillos como ahora, por expresa voluntad del hombre, y estallarán las mieses a destiempo, por ~~el~~ humano, porque Dios habrá dejado, por fin, en manos del hombre, lo suyo, lo que le pertenece. Ese día será el día en que todo ~~lo~~ será explicado. Caerán los muros del misterio, develando los secretos que nos dominan o nos asustan.

GABRIELA.- Hablas bien, a veces... Pero yo necesito que me expliquen por qué están alteradas las caballerizas; por qué!

VIEJA.- Y por qué usted, señora, pasa días con el humor avinagrado?

GABRIELA.- Desgraciadamente, lo sé. Antes le pasaba el mal humor a mi marido. Ahora me tomo yo la copa llena.

VIEJA.- Al amanecer, señora, llegó Don Juan y no quiso despertarla. Estuvo en las habitaciones que usted le tiene dispuestas y, sin despertar ni a los perros, montó el tordillo árabe para él destinado y galopó hasta las caballerizas. Fué verle llegar y se encendieron como si les hubiese arrojado líquido inflamable. Su hija Elvira duerme y supongo no ha oído nada. Y a usted los relinchos no la dejaron dormir. Ya ve qué situaciones más opuestas. A su hija Elvira los relinchos la arrullan y a usted la despiertan.

GABRIELA.- Don Juan, aquí?

VIEJA.- Pero si había prometido darle una sorpresa, ¿no lo recuerda usted? Pues llegó de sorpresa; Un socio que sabe lo que hace!

GABRIELA.- Pero entonces viajó toda la noche. Estará rendido de cansancio, deshecho.

VIEJA.- Los hombre como él no se ~~deshecho~~ <sup>Cansan</sup> tan fácilmente, <sup>no se deshecho</sup> lo mejor le llegó a media noche y los perros no le ladraron, porque lo cono-

cen.(Pausa significativa).

GABRIELA.-¿Qué quieres decir con eso?. ¿Que pudo llegar sin que yo lo supiese?. Acostarse bajo el mismo techo, dormir bajo el mismo techo y yo ignorarlo? (pausa). Acaso Elvira lo haya oído, quizás.

VIEJA.- Oído,,o sentido,,más bien.

GABRIELA.-Nos ha querido jugar una broma! Despertarnos con los sementales. Cosa muy suya.

VIEJA.- Sí, despertarlas o adormecerlas. Para usted, una clarinada; para la niña Elvira, un arrullo.

GABRIELA.-Se presentará al medio día.

VIEJA.- Es lo que presumo. Habrá que preparar un almuerzo digno de él. De un trasnochador.

GABRIELA.-Pues yo me voy a arreglar, y tú, mientras tanto, dispón el almuerzo con todo aquello que conforma el paladar de nuestro huésped. Comida variada y ligera y buenos vinos y la tisana que tanto le apetece para rematar el almuerzo. ¡Corre! Despierta a Felipe y a la niña Elvira. Abre las ventanas, deja entrar aire, que anoche este comedor permaneció cerrado y hay... (se interrumpe).

VIEJA. - Olor a pasado, a cosa muerta, huele mal, en suma.

GABRIELA.-Sí, estuvimos hasta tarde y Felipe y Sonia fumaron con exceso!

VIEJA.- Sigue habiendo humo, señora.

GABRIELA.-Apúrate, que ya callaron los sementales. Habrá terminado la faena. Acaso Don Juan haya venido con algún comprador.

VIEJA.- Usted sabe que venía solo. ¿Por qué hace preguntas inútiles?

GABRIELA.-Tienes razón. No sé lo que digo. Las sorpresas siempre superarme y quedo como atontada. Te entrego la casa para que dispongas y ordenes. Estoy hecha una tonta, soy una aturdida. Perdona, Vieja, pero alguna vez tenía que ser así. Quizás me

preferas torpe a malhumorada, ¿verdad?

VIEJA.- La mujer se hace la tonta cuando le conviene. Y es el papel que mejor representa. Entre la paloma y el lechuzón, prefiere el destino de la paloma. Vaya usted con Dios! (Desaparece Gabriela, pero antes queda un instante detenida entre los cortinados, como si le quedara algo por decir)

### Escena 11

(Monólogo de Vieja, dicho hacia el público con un cambio de presentación como si se tratara de otro personaje. Erguida, con timbre de voz distinto, pero muy notable)

VIEJA. - A esta altura del diálogo, como si ya hubiésemos subido una empinada colina, el público puede preguntarse quién soy yo. En realidad yo puedo ser muchas cosas, a la vez. Por ejemplo: puedo ser el tiempo que no pasa, el que no muere, lo perdurable, lo inmutable, el ayer, el hoy juntos...; sin mañana! *Podría* podría ser también una presencia misteriosa creada por el autor para sembrar la duda en los críticos, tan sagaces a veces como irremediabilmente estúpidos. Pero no soy ninguna de esas cosas señaladas al azar. Quizás pudiese ser eso que últimamente se ha dado en clasificar como "El relator", o sea el personaje "ex-obra" creado para explicar las impotencias del autor y dar al auditorio aquello que el escenógrafo se ve incapaz <sup>de</sup> ~~para~~ mostrar. Así podría decirles, y les digo, que nos hallamos en una estancia de tipo feudal, de las que ambicionaron detener el tiempo y tomar estructuras medioevales para que el ámbito recoja atmósferas de viejos castillos. Y bien pudiera imaginarse que nos hallamos en un castillo normando o en uno de Castilla, que para el caso <sup>de</sup> es lo mismo, desde que

son cosas de la carne y del hueso de los hombres las que van a entretenernos. Ocupados u ociosos, los habitantes de esta estancia van a ser explicados por mi, relator, cómplice del autor, servicial a unos y a otros. Nos hallamos en una estancia que sobrevive a toda sospecha de mutaciones y leyes sociales. Nos rodea una inmensa llanura fértil, miles y miles ~~de~~ de hectáreas más o menos pobladas, con una bella topografía, en la que muy poco ha intervenido la mano del hombre. A mi ~~izquierda~~ se inicia el dominio personal de la protagonista, como ustedes han podido ~~xxx~~ sospechar, mujer viuda, hermosa e insatisfecha, tan común a todos los climas pero muy significativa de una clase social que no vivió al unísono con los suyos, ya sean sus hijos, su pueblo o su marido. Con éste llegaba ella al fin de la jornada, azotada de cansancios distintos como para no poder calmarlos juntos por la noche. La señora cansada de probarse trajes, ensayar modelos y maneras, en un discreto hartazgo. El, casi cegatón por las cifras de las sociedades anónimas, la banca y los negocios. Nunca las fatigas coincidieron. Ahora la viuda hace frente a los negocios más fáciles, dirigida por el socio de su marido, que, en vida, fuera su mejor amigo. Nunca acabarán por dividir estas tierras, donde la cría de caballos de raza da grandeza en todos los sentidos. La señora Gabriela está segura <sup>de</sup> que hay negocios y negocios. Oculta la fábrica de jamones que posee y le produce mucho más que las "écuries", pero no hay igual distancia entre un cerdo y un padrillo, como no la hay entre un turfman y un apostador de las populares. El de las populares devora salechichas, y el turfman ~~y el turfman~~ pide jamón a la inglesa. A mi ~~derecho~~ <sup>izquierda</sup> se hallan las habitaciones de los hijos de la se-

*invito*

ñora Gabriela, un joven de veintiseis años que ~~trajo~~ a su ~~novia~~ novia a pasar una temporada en la estancia, y Elvira, la hija mayor de la señora Gabriela, de veinticinco años, sensible y esmeradamente educada, como se podrá apreciar, ya que si hay algo exterior en el ser humano es su educación, velo con el que se puede disimular todo lo malo que poseemos. También gracias a esa pequeña sabiduría, <sup>es</sup> lo primero que compran los ricos, <sup>que</sup> pueden engañar con facilidad. Un ser bien educado es aquel que sin ser ni remotamente el dueño del mundo y de sus sentidos parece dominar a uno y a otros.

→ Elvira es más sensible que su madre y censura las actitudes aparentemente frías y calculadas de quien se ve frente a tanta riqueza acumulada.

Sonia, que anoche pudo haber dormido mal, pues a pocos pasos de su cuarto se halla el aposento del novio, es mejor que Elvira, pero parece más desarrollada, porque es dominadora y hace lo que quiere con Felipe, su novio. <sup>(Ambos se acercan y entran en escena, precisamente ahora.)</sup>

*por la lateral derecha.*  
(Se oyen voces. Vieja se hallará en ese momento en un extremo de la larga mesa, repasándola con un paño en las manos)

Escena III

(Vieja, los novios Felipe y Sonia.)

FELIPE.- (adelantándose); Vieja, Vieja!

VIEJA.- (señala la mesa) El desayuno está servido.

FELIPE.- ¡No es eso lo que queremos de ti, Vieja! (Con alegría) Yo sé que he soñado algo muy hermoso y quiero que nos lo expliques. Acércate, Sonia; mientras desayunamos oiremos las explicaciones de Vieja.

- SONIA.- Yo no he soñado nada. (con desconfianza) En el campo jamás sueño.
- VIEJA.- Debes contarlo en ayunas, Felipe; que los sueños deben contarse en ayunas ~~en ayunas~~ para que se hagan realidad.
- FELIPE.- Es que yo no quiero que se hagan ~~realidad~~ realidad. Quiero saber qué significa soñar con una persona que desaparece bajo el agua.
- VIEJA.- Vamos por partes; ¿se trata de un hombre o de una mujer?
- FELIPE.- Por cierto que es una mujer...;Es (titubea) Sonia! (La mira)
- VIEJA.- No se sueña jamás con quien se ama.
- FELIPE.- Quieres decir que yo no amo a Sonia.
- SONIA.- Los libros de los sueños dicen otra cosa.
- VIEJA.- ¿Cómo se va a soñar con quien acabamos de ver o de... besar!
- FELIPE.- Pues era Sonia la que se sumergía en el agua. *Felipe se sumergió en el agua y era una mujer y no podía ser su novia.*
- VIEJA.- Confundió usted a su novia con otra mujer.
- (Felipe hace como que va a desayunar)
- VIEJA.- No; en ayunas, como lo pide Dios.
- SONIA.- Dios no se ocupa de estas cosas.
- VIEJA.- Que no se ocupa Dios de los sueños? Pero si es el único momento en que pisamos el más allá. Sueña quien está casi muerto, o sea dormido. Y allí manda Dios. Felipe... se sumergía en el agua y era una mujer y no podía ser su novia? Piense quién podría ser, entonces?
- FELIPE.- Sí. (pensativo). Podría ser otra mujer, confieso (titubea) que...
- VIEJA.- Vaya memoria; podría ser otra persona.
- FELIPE.- sí, tengo hambre (bebe); podría ser otra persona, ¿por qué no?
- VIEJA.- ¿Quería usted que ese sueño se hiciera realidad?
- FELIPE.- No, todo lo contrario, porque tal vez se haya ahogado.
- SONIA.- No quieres que yo me ahogue... todavía, verdad?
- FELIPE.- (Besándola) Le tengo miedo al agua.

VIEJA.- Ustedes se burlan de las supersticiones porque no saben explicarse el mundo sobrenatural. Cuando Dios no vigila los sueños aparecen los genios, o sean los enemigos de Dios, los que escaparon de sus manos.

SONIA.- Por favor, Vieja, no nos atormentes. El campo no me gusta y no quiera usted que lo odie.

VIEJA.- No me consulten, entonces; el señor Felipe se propone embrujarla. Todos los hombres echan mano al embrujo para conquistar a las mujeres. Y como cada mujer tiene un lugar en blanco para el embrujo, sólo se trata de acertar con el punto débil <sup>al</sup> señalado. Basta un descuido, y la voz extraña entra en el cuerpo como el famoso dardo, como un dedo en las cuerdas de una guitarra. ¡Tim!-y ese sonido abre la grieta por donde se cuele el embrujo y se desliza tan suavemente!

FELIPE.- No me ayudas a aclarar los sueños, Vieja, y me consta que en ello eres una maestra.

VIEJA.- Sé un poco de ello, no por inteligente, sino por vieja. Y así será siempre!

SONIA.- ¿Es cierto que Elvira te consulta lo que puede hacer con su novio? Dilo, Vieja; Le das fórmulas?

VIEJA.- Elvira va sola por el mundo, mucho más sola que yo, porque está escrito en su estrella de cinco puntas.

SONIA.- (Separándose de la mesa, ya desayunada) Hablas <sup>así de</sup> ~~como si~~ Elvira porque tiene un novio poeta. Lo sabes.  
*Rebatiómonale*  
(~~de repente~~ aparece Elvira)

Escena IV

(Dichos y Elvira)

SONIA.- Llegas a punto. De ti se hablaba.

ELVIRA.- (Dirig

ELVIRA.- (Dirigiéndose a Felipe); De qué mujer ~~hablabas~~ <sup>hablabas?</sup> sumergiéndose en el agua; Alguien que se ahogaba?; Dilo!...

FELIPE.- (Ofrece la mesa a Elvira, con un gesto) Esta Vieja no me sirve ya. Dos noches consecutivas con sueños inexplicables.

ELVIRA.- Es la tortura de la pampa desolada, del vacío que nos rodea. (como alucinada). No me gusta soñar, y menos aún hablar con ~~los~~ extraños de ~~los~~ <sup>mis</sup> sueños. Yo sé que todas las mañanas, como si se tratase de un rito, Felipe, expones tus sueños impudicamente.

VIEJA.- Felipe es un insatisfecho, Elvira; ~~yo~~ tú, en cambio...

FELIPE.- Esta noche, en tu quinto piso de la Avenida Alvear, dejarás de soñar, hermanita. La ciudad te robará los sueños.

SONIA.- Y tú no tendrás a quién consultar, Eso que Vieja llama "embujo," es soledad y melancolía.

VIEJA.- Con qué otra cosa se forma el amor de Elvira: con soledad y con melancolía. Cada uno...

(Silencio de todos)

VIEJA.- Elvira reconoce otros caminos para alcanzar lo mismo que tú, que tu madre *z.*

Escena V

(Diegos y Gabriela, que entra en escena con vestido distinto)

VIEJA.- (Al notar que Gabriela se detiene a contemplar un retrato ~~y~~ pintado que se imaginará entre una y otra ventana)

¿Qué? Me dirá que está inclinado hacia la derecha, ¿no?. Pues vamos a enderezarlo. (Hace como si acomodase el cuadro imaginario); Está bien así? Estas grandes pinturas del siglo pasado, siempre se inclinan, se mueven de un lado a otro; ¿por qué será?

GABRIELA. - Te has levantado muy preguntona. Los cuadros se inclinan cuando los golpea el plumero. (Contemplando las telas imaginarias)  
Era un hermoso varón mi abuelo, ¿verdad?

VIEJA. - Entonces eran distinguidos los hombres flacos. En algunas familias se enorgullecen de los antepasados robustos, rellenos. Así no hay dudas de que ~~mucho~~ pasaron hambre.

GABRIELA. - Si es delgado mi abuelo es porque era un intelectual. Gastaba sus energías lacerándose con la imaginación. Vivió preocupado, escribiendo, y murió cuando cayó el Imperio de los Zares. ¡De cuántas cosas amargas se libró este hombre!

VIEJA. - ¿Es cierto que su criado murió misteriosamente el mismo día?

GABRIELA. - Muy cierto, como si fuese él el culpable de su muerte.

#### Escena VI

Dichos y Don Juan, que irrumpe espectacular, vestido de breaches, con una fusta en las manos. En todas las ventanas se marcarán los barrotes y el sol entrará a raudales. Se acercará a saludar a Gabriela y besará su mano ceremoniosamente)

DON JUAN. - (Graduado tono eufórico, Al comienzo queriendo impresionar sin escrúpulos y de fácil interpretación efectista. Languidescente hacia el final de su discurso, al observar el efecto que produce en el ánimo de Elvira, que se sentará a la mesa, sosteniendo la cabeza <sup>pensativa</sup> con las manos, en plástica postura. Don Juan, fusta en mano, observando a unos y otros.) \*

¡Buenos días a todos! Buenos días a la dueña de casa, que no acaba de convencerse que aquí, en sus campos, puede hallar la tranquilidad que no le ofrecerán nunca los salones y los viajes. Buenos días a la pequeña Elvira, que no necesita consejos porque ya tiene quien guíe sus pasos por cualquier camino de la

tierra. Y buenos días a la pareja feliz, Felipe, digno heredero de cuanto nos rodea, y su compañera Sonia, que no desaharrará lo que este Creso le pondrá bajo la almohada todas las noches. La cabaña parecía en un día de fiesta. ¿Podieron dormir con el desbocado relincho de los potros? Abrieron la mañana a golpes de coeces, como si la bruma los molestara. ~~Usteden~~ ¿que bello espectáculo observar la cerrazón que desaparecía como el calor de las bestias! Los lomos eran antorchas, humeaban de un lado a otro llevados por invisibles riendas. Cada relincho, un latigazo en la penumbra. Y estallaron los potrillos, y las potrancas, no se les podía mantener en los pesebres. Saltaron vallas, sacudían las cabezas como enfurecidos, daban coeces, elásticos para acomodarse los miembros y recuperar las espléndidas líneas corporales, que el sueño nocturno había ~~transferido~~ <sup>transformado</sup>. Ví a un potro correr y correr tan sólo para encontrar su forma, la verdadera, la auténtica forma del centauro. Se detuvo luego, desafiante, a pocos metros de nosotros, como si intentase provocarnos, se aproximó lentamente. Estiró el hocico, olfateó el aire de sorpresa que nos envolvía y, de pronto, como si nos invitara a algo que no podríamos realizar nosotros, hizo desatar hasta el más pequeño músculo de su cuerpo y como un hondazo se perdió en la cerrazón de la mañana. La pampa levantaba una bruma densa, el velo de su noche extendida. Pensé en el ojo de aquel semental maravilloso y en lo que acaba de decir un poeta argentino: "El ojo casi humano de Craganour". Ví aquel ojo desafiante huir por la llanura, (dirigiéndose a Felipe), lo ví, Felipe, como si la palabra del poeta encerrase, en lugar de un elogio, una diatriba. "El ojo casi humano de Craganour". Vaya elogio! Casi humano. Elogio sería si hubiese dicho: "el

ojo casi equino de Marcelo de Alvear!". El semental volvió a desafiarnos. Es el más espléndido reproductor que tenemos, y este alazán sin mácula será elegido para la insminación artificial que vamos a ensayar. He venido con el veterinario para elegir el padrillo y disponer el laboratorio. ~~¿~~ ~~¿~~ ~~¿~~ Conoces la anécdota del Zar de Rusia, ¿verdad, Felipe? (Gesto negativo de Felipe). Pues óyeme: (atención marcada en los auditores que siguen los movimientos de Don Juan girando en torno a la mesa) Cuando la visita del Zar ~~venía~~ a Londres, en 1833, en su homenaje hubo una feria de animales de raza. Los precios de las bestias subieron en la subasta hasta un límite de locura. Dos sementales fueron adquiridos en una fabulosa suma de libras, porque a pesar del amor entre ambas casas reales, los criadores ingleses no podían dejar escapar aquellos ejemplares árabes de Gran Bretaña. Subieron los precios, subieron hasta un punto ridículo, una suma que ya ~~se acercaba~~, bordeaba el ridículo. Los rusos fueron tomados como tontos embaucados por reproductores que bien podían adquirirse en Arabia por el precio de uno solo. Pero los rusos insistieron. Ya presumiblemente hundidos en el escándalo, los comerciantes rusos pagaron la suma ~~habida~~ <sup>habida</sup> creada falsamente por los muy hábiles comerciantes londinenses. Al otro día se supo que en Rusia se practicaba la insminación artificial, y que aquellos ejemplares repoblarían, en un abrir y cerrar de ojos, los flacos planteles de los Zares.

DNIA.-

Ay, pero cómo, cómo? (curiosamente)

ELIPE.-

Ya te lo explicaré, ya te lo explicaré.

BRIEIA.-

Es un método nuevo algo sensacional, ¿verdad, Juan? (o mira siempre en éxtasis)

WIRA.-

Siga, Don Juan... no interesa para nada ese método, como dice

mamá; siga contando lo de los caballos ~~en~~ los zares!

Don Juan.- Quien ríe último ríe mejor. Y no hay variante posible al refrán. Rieron los Zares llevándose los espléndidos caballos, que eran tordillos, casi blancos, nieve con pintas de canela. Inimaginables. La corte necesitaba hacer circular a buena distancia en ~~la~~ el pueblo pero visibles para su encantamiento, sus ~~reales~~ doncellas reales y generales barbudos, en maravillosos caballos blancos. El trono necesitaba aquellos encendidos copos de nieve, alardear entre las multitudes. Y se cuenta que la Zarina, en una de las últimas pruebas que se hicieron para conocer el Carácter de los reproductores, quiso ser testigo de ~~este~~ acto ~~tan~~ bárbaro y patético. Así, la Zarina, audaz mujer, ~~quiso~~ pudo observar todos los detalles del acto, entre bambalinas, discretamente. Un poco asombrada -quizás muy asombrada de los vigorosos arrestos del árabe blanco, casi irreal, perfectamente héroe de un capítulo de las mil y una noches- la Zarina se atrevió a preguntar al diestro que ~~manejaba~~ ~~los~~ ~~caballos~~ la "ménagerie" si aquel animal fascinante se conducía siempre con tanta generosidad. Acercándose a su marido, le dijo por lo bajo, no en ruso, por supuesto, sino en francés, por las exigencias galantes del tema: "Prenez garde". Vivamente el príncipe, marido de la Zarina, llamó al maestro de ceremonias y le preguntó en francés: "Toujours avec la même"? Y en el lenguaje de la picardía de las cortesanas, salió al paso aquel hombre que, no sólo cumplía diciendo la verdad, sino que salvaba su cabeza del patíbulo: "Ah, non, Monseigneur... Pas toujours la même". Más que vivamente ~~el~~ el marido de la Zarina la miró con sus ojos encendidos por la cólera: "Tu as compris?". Y la Zarina dejó de juzgar juiciosamente al semental. Y hasta se cuenta que en reunión de

la Corte, sorprendió observando el ridículo que habían hecho los comerciantes de San Petesburgo, pagando una suma irrisoria por un animal que, si hermoso, no era para tanto!

SONIA.- Sigo sin entender...

ELVIRA.- ¿Qué necesidad tienes de entender? Lo más lindo del mundo es lo que no se entiende... Debieras aprender muchas historias parecidas, Don Juan, para contarnos. ¿Acaso toda la delicia de la mil y una noche es comprensible?

SONIA.- ¡Pero es que yo no entendí otra cosa que el papelón que hicieron los rusos!

FELIPE.- Ya tendré oportunidad de explicártelo. Deja (irónico) que Don Juan encuentre pretextos para lucirse.

GABRIELA.- No necesita buscarlos; han venido <sup>en</sup> su ayuda.

DON JUAN.- El tema es actualísimo. No puede pensarse en un comercio, progresista, por ejemplo en el caso de la renovación de los vienes ~~tres~~ tres, sin apelar a métodos modernos. Pasa lo mismo con la agricultura. El cruzamiento de especies, los hábiles injertos, las tierras abonadas con elementos químicos, todo eso, si no ~~en~~ a un tiempo, hace imposible el dominio del hombre sobre la naturaleza. (Jactancioso) Las transformaciones deben operarse a la par, todas a un tiempo, para no producir desequilibrios!

FELIPE.- Pero a Sonia lo que le interesa es el cuento del amante de la Zarina. ¿Como ella no había nacido aún!

GABRIELA.- Ni yo tampoco; Qué gracia! Ni yo tampoco.  
(Elvira, callada, marea su mudéz acariciándose la frente)

DON JUAN.- Ahora resulta que yo soy contemporáneo de los Zares. Felipe, ¿qué intención es esa?

FELIPE.- Los vió rodar por tierra; <sup>es la verdad!</sup> ~~por lo menos!~~

DON JUAN.- ¡En los noticiosos!

SONIA.- Y yo ví a la princesa Anastasia.

FELIPE.- Moraleja: Cuando se intente matar a una familia, no hay que dejar escapar a uno solo. ¡La muerte total, *¡o nada!*

DON JUAN.- Es por lo menos un método estricto. Lo mismo pasa con el refinamiento caballar. *A caballo* Un ~~caballo~~ con un defecto debe eliminársele sin piedad, si no se quiere cargar con esa mancha durante varias generaciones.

SONIA.- ¿Qué?; Los matan así, despiadadamente?

DON JUAN.-; Sin piedad! Harían el desprestigio de su raza y nos hundiríamos en *la decadencia y el fracaso.*

LVIRA.- (suspirando) Todo eso ya no me interesa.

BRIELA.-; Es difícil impresionar a la juventud, mi caro Juan!

LVIRA.- No sé porqué, pero me aburre el destino del *hadas.*

BRIELA.- Tal vez fuese un asunto bueno en manos de mi marido; pero nunca me interesaría el destino de los animales *por un tiempo que sean.*

LVIRA.- (levantándose para ~~mostrar~~ su despego e indiferencia). Ni a mí.

FELIPE.-; Si termino la carrera plaitaré con los caballos! (Burlón); Los llevaré a los tribunales, como Calígula!

DON JUAN.-; Bello animal aquel de Calígula! Ningún caballo de la historia fué tan hermoso. Babieca tenía cansancio en *remos;* las ~~venas~~ Rocinante daba pena, con miseria, en el abrupto paisaje de la Mancha. En Cambio, ¡Incitatus! Escapaba a las monstruosas líneas del Centauro, para el que necesitamos imaginación. Pegaso nos aleja de la tierra, pero Incitatus nos *leva* ~~lleva~~ apenas ~~en el~~ *del* suelo como para escapar de la maleza, de los cardales, de los cantos rodados. Sin tener alas tiene cuatro mariposas invisibles en las patas. Según la *escultura que lo inmortaliza,* parece que surgiese del mar, medio molusco aún, o que se preparase para *trazarse* ~~trazarse~~ con las sirenas. ¡Leda y el cisne, Incitatus y el mar!

¡ Al primer fruto de la ins<sup>l</sup>minación artificial de pondremos  
<sup>por</sup>~~la~~ nombre~~s~~ Incitatus!

GABRIELA.- Eso de los nombres te lo dejo a tí. Tienes más imaginación que yo.

DON JUAN.- No lo lamentos. Las mujeres nunca tuvieron imaginación. La vida sería imposible si ~~aún~~ <sup>una de las cualidades</sup> no fuese. Encerradas en un convento hombres y mujeres -separados, bien entendido, de los primeros <sup>ieron</sup> ~~salen~~ imagineros y pintores, tallistas, grabadores. Las mujeres <sup>se limitaron a</sup> ~~inventaron~~ licores y <sup>a elaborar</sup> ~~encajes~~!

GABRIELA.- ¡Sus razones había!

DON JUAN.- ¡Porque las mujeres -como lo dijo un francés que entendía a las mujeres, más como francés que como sabio- están enfermas doce veces al año!

(Sonia y Elvira, como desentendidas, comienzan a cuchichear entre ellas. Al notar lo, Don Juan intenta sentarse en el viejo sillón frailerero que ocupa una de las cabeceras de la mesa. Al inclinarse, <sup>al</sup> ~~un~~ repentino llamado de alerta de Gabriela:)

GABRIELA.- ¡No, por favor, Juan!; Que la euforia matiana no altere las tradiciones de esta casa!; Bien sabe usted que en ese sillón no se ha sentado nadie desde la muerte de mi abuelo!; Nadie!

DON JUAN.- Perdona, Gabriela (alejándose del sillón). No sé cómo he podido distraerme hasta este punto. Es como para someter el caso a Vieja, ~~que~~ <sup>que</sup> es tan sabia. ~~Porque~~ <sup>Porque</sup> he visitado esta casa muchas veces y ~~ahora~~ no me explico ni perdono la "gaffe". Yo, que he celebrado con <sup>extraños</sup> ~~otras personas~~ este silencioso homenaje al hombre que fundó la estancia en sus primeras mocedades y que cultivó las artes; yo, que soy respetuoso de las costumbres aún por mera comodidad. Porque es más fácil vivir sin alterar el ritmo de las cosas, respetándolas y aprove-

chándose de ellas. ¡Perdón, Gabriela! ¡Perdón!

GABRIELA.-- Realmente es un acto inexplicable. Acabo de comprobarlo.

ELVIRA.-- En toda mi vida, es la primera vez que alguien ~~se~~ intenta sentarse en esa <sup>silla</sup> silla. Como sorprendente, resulta sorprendente. Diría extraño. Pareciera un gesto adrede, <sup>intencional</sup> pensado, más bien.

SONIA.-- Como si se hubiese cumplido un fatal desentendimiento.

FELIPE.-- Tal vez exageran ustedes. Puede que Don Juan haya querido dar un golpe teatral, muy suyo, fuera de lo común.

DON JUAN.-- No es mi fuerte, Felipe, contrariar a nadie.

FELIPE.-- Sí, lo sé, pero cultiva usted lo desconcertante.

GABRIELA.-- Una distracción, no más. ¿A qué profundizar? *Dollar la hija.*

ELVIRA.-- Un extraño, un raro olvido. Como si nosotros le hubiésemos tendido una trampa.

GABRIELA.-- Estaba tan poseído de su papel de animador de vida que olvidó el culto de los muertos. Es perdonable, queridos.

DON JUAN.-- Soy siempre reverencioso. Yo mismo no me lo explico. (Titubeante) He pasado cientos de veces cerca del sillón, sigilosamente, <sup>hasta</sup> con temor.

ELVIRA.-- Nadie se sentó jamás en ese lugar. (A Sonia) Te lo puedo jurar.

SONIA.-- Gente del servicio, tal vez para contrariarlos.

GABRIELA.-- No, ellos menos que nadie. Diría que le temen al sillón. Ni lo mueven de su sitio cuando lo repasan.

FELIPE.-- Don Juan perdió los estribos. Montaba en mal caballo.

DON JUAN.-- No necesito pedirles perdón, me imagino. (A Gabriela) <sup>Podría</sup> ~~¿~~ <sup>Blagaría</sup> usted pensar que les he faltado el respeto?

GABRIELA.-- ¡Oh, no exagere, por favor! Mi respeto por ese mueble, es que sentado en él mi abuelo leyó su obra teatral, que quemó el día antes de morir. Recuerdo que transeurría en el cielo. Los personajes vestían raramente. Los que habían muerto de muerte na-

tural, de negro; Los suicidas, de morado obispa; los desa-  
parecidos en forma violenta, de rojo. Es todo lo que recuerdo  
de aquella lectura, y por ello venero el sillón, que nadie ocu-  
pa desde aquel día como un homenaje sincero.

DON JUAN.- (fingiendo emoción) Nada más hermoso que la feliz justifica-  
ción de los actos personales. ¡Ojalá pudiese yo justificar mi  
torpeza imperdonable!

GABRIELA.- Y ahora, a cambiarnos de ropa para el almuerzo. (sale)  
(Al hacer mutis la escena quedará totalmente a oscuras, con  
la <sup>sola</sup> presencia corpórea de Vieja, que usará diversos velos de  
colores, túnicas o gasas, que dejará caer a medida que va ha-  
blando, hasta insinuar las líneas esbeltas de su cuerpo. Ilu-  
minada por <sup>reflejos</sup> ~~luzes~~ de colores, el juego visual debe ser atra-  
yente. Varios cambios sinerizados con el monólogo.)

Escena VII

VIEJA. - Nadie es tan sensible al color como el hombre enamorado. No  
todas las mujeres son capaces de aprovecharse de la vulnera-  
bilidad del hombre que nos desea a través del único sentimien-  
to que movilizan los hombres para alcanzarnos. Las conquistas  
del ojo <sup>x</sup> son conquistas reales que excitan y estimulan a los  
otros sentidos. Por los ojos <sup>x</sup> se huele; por los ojos se oye;  
con la mirada se toca, se acaricia. El hombre en celo hace  
confluir sus cinco sentidos en la pupila dilatada. Gusta y pa-  
ladea la forma. Por eso el juego de los colores es el único  
lícito en amor. Ofrece al hombre la oportunidad, tan fácil, de  
traicionarnos, sin el menor riesgo de verse descubierto.  
Si nos entregamos cubiertas de un amarillo excitante, al ver-  
nos de verde, de un verde primaveral y abocado, el hombre sa-

ca bríos de los últimos rineones <sup>en que</sup> ~~donde~~ bulle la sangre y se nos precipita como <sup>un</sup> el toro de Lidia. Amarillo, verde, gris otoñal, de hojarasca, melancólico para hacerle soñar; y luego, como ~~re-~~gresando del mismísimo infierno, una brasa, los velos de una brasa que prometen ponerle "cenizas en los labios". El enamorado sólo conoce el lenguaje del color y lo traduce en música, porque es la Celestina individualizable. El ojo humano está más dotado que los restantes cuatro hermanos para imperar en el vasto dominio de los sentidos.

(Va cambiando sus velos y colores hasta el ceniciento con ~~cu-~~antas rojas que usa a diario). Gabriela lo sabe, Gabriela ha experimentado estas exigencias de Don Juan porque Don Juan le ha hecho confidencias. El luto de Gabriela fué la piedra de toque para que viese en la mujer del <sup>amigo</sup> ~~campo~~, lo que la decencia y la virtud no le dejaron ver. El luto, "ese ~~negro impenetrable~~ negro impenetrable y maravilloso", le oí decir a un hombre, <sup>con</sup> ~~con~~ el mismo tono de voz <sup>con</sup> que hablaba una vez cierto personaje enloquecido por el blanco puro de los delantales de las normalistas, los blancos uniformes de las turbadoras adolescentes. El luto, el luto es excitante como una pócima elaborada por Lucifer. El luto, maravilloso del sexo escondido, pánica visión del amante...

(Vieja ha vuelto a ceñir sus ropas habituales)  
(<sup>Se da por</sup> ~~ha~~ transcurrido el día, y, terminada la comida, Don Juan bebe la infusión que le preparan con yuyos pampeanos.)

Escena VIII

Iluminación nocturna. Veladores, <sup>con</sup> candelabros, <sup>sobre la gran mesa.</sup> Sobremesa. Don Juan, Gabriela, Felipe, Sonia y Elvira. Una criada recoge la imaginaria taza de Don Juan.

SONIA.- Si tuviese <sup>yo</sup> a Felipe lejos <sup>dejarlo a la muerte</sup> iría ~~abusando~~ en su busca.

ELVIRA.- ¿Quién te dice que yo tenga a mi novio lejos? Soñaría con él por no tenerlo a mi lado, como asegura Vieja.

FELIPE.- Cuando te conviene juegas con las supersticiones.

DON JUAN.- Las supersticiones son nuestros mejores cómplices. No es cosa baladí crear una leyenda y hacerla grabar en la mente de los otros.

GABRIELA.- Uno pasa por épocas en que es más sensible a las supersticio\_ nes.

ELVIRA.- Las aprendiste sola, cuando mi padre te dejaba acosada de gana dos y de noches.

GABRIELA.- Fui creyendo en todas las supersticiones. Vieja me las iba con\_ tando para explicarme por qué los campesinos no podían vivir sin ellas.

FELIPE.- Las que detesto son las relacionadas con la muerte. Te hicieron un mal que luego me ~~te~~ transmitiste a mí.

GABRIELA.- Entonces vivimos días de zozobra y miedo. Había que evitar la palabra muerte a ciertas horas... como contar los sueños antes del desayuno; ¡qué locura!

DON JUAN.- Todo eso tiene su belleza secreta, como los guantes que se dan vuelta y lanzan un billetito olvidado.

SONIA.- ¡No está bien aprovecharse de las confidencias!... Felipe, ¿para qué le habremos contado cómo empezaron nuestras citas?

DON JUAN.- Para que yo me documente sobre amores y amoríos. Hay quienes se hacen acreedores de confianza; a éstos se les dispensa el trato de confidentes. (Mirando fijamente a Elvira) Porque sí, nada más que "porque sí". ¿Os parece poco ~~no~~ porque sí?

ELVIRA.- Sí, me parece poco "porque sí". Siempre hay otra razón muy po\_ derosa.

GABRIELA.- Y cuál sería en este caso, Elvira?

ELVIRA.- Una corriente de simpatía eneguecedora, sin control. Es el caso de Sonia con respecto a Don Juan.

SONIA.- ¡Me acuso de una debilidad que puede costarle la vida a Felipe!

FELIPE.- ¡Mi cabeza por el suelo! (Bromea) Confidencias de mi prometida a un bandolero que pasa!

ELVIRA.- Don Juan tiene pasta de raptor, Felipe; no te sientas muy seguro, ¿verdad, Sonia?

SONIA.- ¡Creo que buscas una manera de excitar a Felipe, que yo no tengo en cuenta! Cierta inseguridad no le viene mal a este grandote confiado e indiferente.

FELIPE.- Nada me conmueve. Digo que Vieja ha dicho entre líneas: "¡Hace quince días que vives muy feliz en la estancia!" ¿Verdad que has dicho <sup>x</sup> esto, Vieja?

(Todos la buscan con la mirada, pero Vieja no está en escena)

SONIA.- Como si ella fuese la que más supiera de nosotros. Llévatela a Europa para <sup>nuestro</sup> nuestra luna de miel

FELIPE.- No pueden viajar en avión ciertas "especies" <sup>de hamacas</sup> ~~maneras~~. Son otros los fantasmas de hoy día. En un barco, la traería, sí, bien gustoso, para que te ayudara a desvestirte y vigilar <sup>posibles</sup> tus mareos. Pero en avión la noche se hace en el otro hemisferio. Sales arropada, en pleno invierno, una noche, y te ves obligada a desnudarte, <sup>en una playa de Costa Rica</sup> ~~la~~ ~~de~~ Portugal, al alumbrar el día.

ELVIRA.- Linda manera de haver <sup>planes</sup> ~~planes~~ o de <sup>planes</sup> ~~planes~~ itinerarios.

SONIA.- Felipe busca las oportunidades para producir efecto.

GABRIELA.- Estilo familiar (intencionada) El que hereda no hurta. Formas indirectas de hablar...

DON JUAN.- Una luna de miel sin noche por medio, entonces?

FELIPE. - Sin noche por medio. La gracia está en partir en verano y amar\_ se en invierno, repentinamente. O zarpar en invierno y amanecer en el Medirerráneo. De esto saben poco los hombres maduros!

DON JUAN. - <sup>¿cuánto que es</sup> tu madurez lo que te hace <sup>ellos de</sup> ~~hacer~~ las delicias del clima!

GABRIELA. - (A Elvira) ¿No partes con ellos, entonces?

ELVIRA. - Me parece mal dejarte sola en la estancia.

GABRIELA. - Es un agravio. ¿Sola con Juan? ¿Como si fuese la primera vez!

(Entra Vieja)

### Escena IX

Dichos y Vieja.

VIEJA. - Para alcanzar el tren tienen que salir al minuto.

FELIPE. - Ni una palabra más. Sonia, no pierdas nada.

SONIA. - No dejes nada, ni un libro con la página doblada. <sup>Que no</sup> pueda saberse en qué pensábamos; ningún rastro! *¡hala!*

FELIPE. - ¡Ningún rastro!

SONIA. - ¡Ninguno, en absoluto!

GABRIELA. - Te quedas, Elvira, en serio?

ELVIRA. - (A su madre). Sí, me quedo; ya escribí anunciando mi regreso contigo, ~~papá~~

(Se besan Gabriela y Sonia, saluda Felipe)

DON JUAN. - No es noche para viajar, tiene razón Elvira.

ELVIRA. - (Mirando con insolencia a Don Juan) La noche comienza con el alba a veces...no siempre, *pero algunas veces.*

(Gabriela da vuelta la cara y mira a Don Juan)

### Escena X

Se oirán las voces de los viajeros alejándose. Risas de ELVIRA.

GABRIELA.- (Vestida de amarillo, gira en torno <sup>de</sup> Don Juan. Fuma nerviosamente)

¿Llegaste a media noche o al amanecer?

DON JUAN.- ¿Por qué me lo preguntas con esa voz? (Estira la mano para atraparla y ella escapa a la tentativa.)

GABRIELA.- ¡Contesta!

DON JUAN.- Viudita querida, no me hagas cuestión por la media noche o el alba.

GABRIELA.- ¿Es que pudimos dormir bajo el mismo techo, sin sentirnos presentes? ¿Por qué juegas con los sentimientos? ¿Crees que la crueldad te sienta?

DON JUAN.- Si la media noche con luna no te despertó, no es mía la culpa. Al alba oíste a las caballadas saludar el día. ¿Y si hubiese querido darte una sorpresa? Fué todo un plan.

GABRIELA.- (Se detiene desconfiada, titubea y se deja tomar por la cintura); Sería entonces mi escasa sensibilidad la culpable?—

DON JUAN.- Vieja me dejó entrever que estabas bajo este techo desde la media noche. ¿Has hecho estallar las écuries para impresionarme? ¿Puedes llegar a tanto?

DON JUAN.- ¿Quieres un despertar más jocundo? Cosas de verdaderos amantes.

GABRIELA.- Pero nos perdimos la noche. Mi pijama era negro, Juan, y el sueño fué intranquilo. Algo me decía que tú...

DON JUAN.- (Violentándola la sienta a su lado en el sofá); De negro, de encendido negro infernal? Gabriela, ¡tú sí que sabes lo que haces! ¡Revivir el color! (La besa largamente)

GABRIELA.- Un beso como la mitad del camino a la estación. No más, amor mío, que puede regresar Elvira.

DON JUAN.- Tiene un largo trecho para andar en la noche. Maneja con cuidado, según mis cálculos; *regresará después.*

GABRIELA.- La tienes fascinada, Juan. Esa pequeña te oye hablar y sueña. La tienes atrevida en la red de tus historias disparatadas y brillantes.

DON JUAN.- Pero no son estas historias las preferidas de tu hija. Son muy otras. Sonia sí, ya ama las cosas espléndidas y vitales. En cambio Elvira anda todavía envuelta en velos... No conoces a tu hija.

GABRIELA.- Está celosa de su madre. Quizás debemos hacerle entender que podríamos casarnos. Eso la tranquilizaría.

DON JUAN.- Casarnos, ¿para qué? ¿Quieres tener otros dos hijos?

GABRIELA.- Para no escamotearnos las noches.

DON JUAN.- El casamiento decapita al amor. ¿Quieres probar el cadalso? ¿Puedes imaginar a un marido despertando a su mujer con relinchos de sementales? Si lo hace, cae en el ridículo. La esposa lo cambia por otro. No es la misma una conducta de marido, mi adorada (la besa), y sé que tú no quieres cambiarme por otro, mi fragante Gabriela.

GABRIELA.- Muchas veces pienso en esa seguridad que te tienes y no me animo a plantearle el caso a Vieja. Tu seguridad es el cinturón que nos une las cinturas.

DON JUAN.- Si nos casáramos no mediríamos los minutos como ahora...

GABRIELA.- Elvira te escucha fascinada. Sólo me falta que me diga: mi novio no me entretiene tanto. ¿Explícalo por qué?

DON JUAN.- No he tocado un solo tema de los que a ella interesan, sin embargo. He conseguido más bien chocarla, molestarla, Gabriela. Debería detestarme, pero no quiero que así sea. Es tu hija.

GABRIELA.- No te odiaré mientras ignore que soy tu amante.

DON JUAN.- Donde comience su odio comenzará su amor. Es un riesgo, Gabriela.

GABRIELA.- ¡Cínico! Lo que ella siente es a su madre en peligro. Te lo po-

dría jurar.

DON JUAN.- Perderte, y que yo comparta tu fortuna.

GABRIELA.- ¡Sobrecita! Elvira fué siempre terriblemente celosa. Una cari-  
cia de su padre que no terminase con un beso para ella, la trastornaba totalmente.

DON JUAN.- No me veré jamás en tibias familiaridades. Aquí, la única per-  
sona a que que no engañamos.

GABRIELA.- Es Vieja, por cierto. Nada escapa a su ojo avizor y dañino.

DON JUAN.- Es una lástima que alguien sepa lo nuestro. (Mira inquieto su  
reloj pulsera). Estamos sobre la hora del regreso. Dame otro  
beso ahora que vistes con un color tan de mi agrado. La noche  
cerrada te pondrá de luto, ¿verdad? De luto!

GABRIELA.- (En total entrega) Sí, de luto; para eso soy la viuda que des-  
cubriste en la más bella mañana de sol!

DON JUAN.- ¡Qué mañana aquella! ¡Volviste del cementerio con olor a flores  
vivas en las manos, con polen entre los dedos! ¡El amor y la  
muerte son dos bellas hermanas! -te dije.

GABRIELA.- (separándose, recobrada) Volviste a media noche y no lo supe.

DON JUAN.- Regresé al alba y te desperté como el mejor amante.

GABRIELA.- Nunca sabré cuándo dices la verdad. Tal vez mientas siempre...  
¡Pero te quiero tanto!, tanto, que me da vueltas la cabeza.  
Entre el montón de cosas que ignoras, no sabes lo que es para  
una mujer confesar que ama por última vez. Lo sabes, pero jamás  
podrás medir este sentido trágico de una espléndida despedi-  
da. ¡Por que yo estoy segura de amar por última vez! (Toma a  
Don Juan por las muñecas). Una mujer en mi trance lo entrega  
todo, todo lo admite, porque es una vencedora en derrota. Al  
confesártelo ~~confieso~~ comprendo que se inicia en mí una forma  
monstruosa de amor. Lo había visto en otras mujeres y no po-

día ~~equivocarme~~. *comienzo como de semejante realidad.*

DON JUAN.- (Desprendiéndose de Gabriela); Cuidado, acaba de llegar!  
(Cuando entra Elvira están fumando con indiferencia)

Escena XI

Dichos y Elvira

DON JUAN.- (A Elvira), De veras que prefieres ser guardián de tu madre a ser la celosa novia de Osear?

ELVIRA.- No hablemos de semejantes cosas. Mi lugar es estar al lado de mi madre. Una hija tuya haría lo propio. No creas que me interesa salvar o cubrir la reputación de mi madre para heredar un buen nombre. *Solo estúpido en medio medio.*

GABRIELA.- ¡Qué tontería! Con hombres como Don Juan habría que pensar en la reputación de nosotras dos. Yo soy socia de Don Juan y no es mía la culpa de haberle heredado como una de las cargas pesadas de tu padre.

DON JUAN.- Como me hagan saltar en los platillos de una balanza, terminaré por aprender aerobacia para defenderme.

GABRIELA.- No pienso atacarte. Elvira cree que debo temerte. ¿No es así, Elvira? Debo estar prevenida.

ELVIRA.- Me parece que es un tema inconveniente y feo. No debiste plantear estas situaciones. Si me quedo es por un principio moral y de buena educación que no necesita ser analizado.

DON JUAN.- ¡Eso se llama hablar claro!

ELVIRA.- Me voy a la cama con el permiso de Uds.

DON JUAN.- Mañana será otro día. Que descanses bien, Elvira.

(Elvira besa la frente de su madre. Esta le acaricia la cabeza)

GABRIELA.\* quizás tengas razón. Lo convencional es inalterable y por algo sobrevive. Hay leyes...

ELVIRA.- Hasta mañana.

(Al desaparecer por el cortinado lateral derecho, la escena entra en total obscuridad, hasta perfilarse a Vieja, iluminada en el extremo derecho del escenario)

Escena XII

VIEJA.- Corro el riesgo nada agradable de cubrir el papel de Celestina de Don Juan, si escapo a ser el <sup>héroe</sup> comodín del autor. La noche se ha puesto templada y Don Juan hizo aromar el aire destrozando las hierbas olorosas que rodean ~~la~~ la estancia, con el caso implacable de las yeguas. Maceradas hierbas, tomillo, hierba-buena, menta, hinojo han caído alrededor de la casa y entran por las ventanas ráfagas de aire denso que perfuman las sábanas de las camas, las almohadas, los tapices. Don Juan ordenó llenar de aromas los aposentos como si necesitara perturbar los sueños puestos a su servicio. Mañana tendré que explicar las razones de esos sueños, antes del desayuno.

(Se oye el rasquido de una guitarra)

El perfume se confunde con la música. La música es perfume so-  
metido. Lo que no es posible gobernar se transforma hasta ha-  
cerse nota musical. Don Juan no podrá domar las ráfagas que el  
viento indomable trae y lleva. Por ello siempre hay un ins-  
trumento al alcance de sus manos. Cuando se agoten las ricas  
especies, las mujeres escucharán las canciones, y éstas, por  
asociación, terminarán por fijar el perfume. Siempre se sentirá  
el olor a <sup>menta</sup> ~~berbena~~ con este movimiento musical. Don Juan lo sa-  
be y quiere que sea un poema tan sólo para intrigaros. Esta sí,  
la Poesía, <sup>es</sup> ~~la~~ gran Celestina de Don Juan. Les digo el poema.

Voy a decir tu nombre en los idiomas  
del pájaro, del trébol y del trigo.  
Voy a decir tu nombre entre palomas  
cuando no estés en mi calor, conmigo.

conmigo tierna como yo, contigo  
 tierno cuando solícita te asomas  
 a ser de mi razón elaro testigo  
 y de mi boca una ración de pomas.

Voy a decir tu nombre, no sé cuándo...  
 Al fin de este secreto, en la velada  
 estancia en que te aguarda mi deseo.

Tu nombre por el aire o navegando  
 en una mar antigua y desolada  
 en cuyo verde oleaje, delecto.

Escena XIII

Aparición del Abuelo. Seguido por un criado que encenderá las bujías de los candelabros, aparece en escena el Abuelo, que debe ocupar el sillón frailerero, previo gesto del criado, vestido de morado amatista obispal. El Abuelo y la Abuela, de negro, pues han muerto de muerte natural. Se sienta y despliega diarios de la época, que le alcanzará el criado, hermoso doncel.

ABUELO.- Mayor tortura no la pensó Dante: verlos vivir un tiempo que no es el nuestro, que no nos pertenece, detenidos en este unbral de sombras. Fuiste mi último embeleso y seguirás siéndolo por los siglos de los siglos, muchacho repetido hasta el infinito.

CRIADO.- ¿quién nos dijo que el infierno era una constante repetición?  
 ¿quién nos lo anticipó, que no lo recuerdo?

ABUELO.- ¡Recordar! Esa es la tortura mayor. ¡Recordar siempre, siempre, sin que a uno se le gasten los huesos, muchacho, muchacho!  
 ¡Siempre lo mismo para nosotros y el mundo que crece y se reproduce, sin nosotros!

CRIADO.- Vá. que leyó tanto que gastó sus ojos hasta eubrirlos de guerra, ¿no recuerda quién describió un infierno como el nuestro?  
 Alguien tiene que haberlo ~~xxxxx~~ creado.

ABUELO.- A veces, para mí, no es más que el otro mundo, nada más que el

otro mundo, el mundo de los que fuimos, repetido sin cesar como las olas del mar. Pero de un mar por donde cruzan las barcas conocidas, los pájaros familiares. Es cierto que nos dejan sobrevivir por la noche. A eso lo llamaron siempre algunos doctores "las ánimas". Pero el suplicio de ver crecer los nietos y verlos vivir sin poder hablarles, es el constante infierno de nuestras vidas. Si hubiésemos vivido sin familia, tendríamos un paraíso de tiernas noches tropicales.

CRIADO.-- Yo no veo a los de mi familia, ni después de muerto he sabido quiénes fueron mis padres.

ABUELO.-- Es una felicidad para tí. Tal vez necesites pensar que te engendró el marido de Gabriela, mi nieta única. Pero, ¿qué sacamos en limpio? Acaso así resulte mayor tu infierno. El mío se hace menos atroz con ese Don Juan que bajo el techo que levanté, casi diría con estas manos, reparte coronas de alegría a Gabriela mi nieta y a Elvira mi biznieta, a un mismo tiempo!

#### Escena XIV

Dichos y Abuela, entra tambaleando, viste de negro y ocupa silenciosamente una de las sillas en torno a la mesa.

ABUELA.-- (eruda) ¿Coronas de alegría? ¡Vaya manera de hablar! Prepara alguna muerte en esta desdichada estancia.

ABUELO.-- No, dar brillo a los metales no es vano, como no es vano hacer echar a vuelo las campanas. (Mirando a Criado) Nunca nos entendieron, ¿verdad?

CRIADO.-- ¡Nunca!

ABUELA.-- Compartir tus caprichos no es tan lacerante como oír tus poemas y escuchar tu última pieza de teatro, irrepresentable.

ABUELO.-- Por eso la quemé el día antes de morir. Fué tal el desgarrón, que mi corazón se detuvo.

ABUELA.- No esperabas encontrarte conmigo, aquí, ¿verdad? Y el de éste.  
(señala al criado)

ABUELO.- Cómo pensaré que estuviese condenada a este Infierno una mujer tan devota como tú.

ABUELA.- Y soberbia y mal pensada. Ya lo ves, por soberbia y por haber manejado millones, me condenaron a ser testigo de todas las inmundicias que se han producido bajo este techo. Por los siglos de los siglos, veré reproducirse a los de mi familia, corrompidos por el oro y el ocio. Dos razas, por los siglos de los siglos, atravesando estos aposentos, engañándose, envileciéndose la sangre ante nuestros propios ojos. Y nosotros testigos del lodo.

ABUELO.- Lo que me ha dado náuseas es ser testigo del daño que les ha hecho mi dinero.

ABUELA.- Ese padre de Elvira, ¿qué aseó! Ha muerto y no lo han traído aquí. No me lo explico. Era médico. Estará en el ~~sanatorio~~ <sup>hospital</sup> donde mató a tanta gente.

CRIADO.- ¿Qué suplicio!

ABUELO.- Por los siglos de los siglos oliendo gasas podridas en vientres podridos.

ABUELA.- Y nosotros presenciando las más bajas pasiones.

CRIADO.- Nunca son bajas las pasiones.

ABUELO.- Como acabas de decir una bella frase puedes ir a ~~la laguna~~ <sup>orilla del lago</sup> y examinar bajo las estrellas. Y si descubres a Don Juan fornicando con Elvira, mira para otro lado. Creo que está en su derecho.

ABUELA.- Lee la noticia más sabrosa de ese diario que tienes en las manos. Es siempre la misma, pero...

ABUELO.- Atentaron contra la vida del rey de ~~los~~ <sup>Bulgaria</sup> en Sarajevo.  
*¡ojo!*

- ABUELA.- Después el mundo se llenó de cadáveres. ¿No es así? Continúa.
- ABUELO.- Y no dimos un solo paso para evitar la guerra, ganamos dinero, ¿verdad? *hacía dinero por día la guerra.*
- ABUELA.- ¿Crees tú que Elvira quedará en cinta esta noche?
- ABUELO.- Pcor sería que embarazara a Gabriela, ¿no te parece?
- ABUELA.- Los Don Juan nunca dejan en cintas a sus amantes, ¡Tanto!

TELON

SEGUNDO ACTO

El mismo escenario. Vieja estará cumpliendo idénticas funciones que en el primer acto, descorriendo cortinados para que entre el sol. Deberán marcarse ~~los~~ <sup>los</sup> ~~barrotes~~ <sup>los</sup> ~~de las~~ <sup>de las</sup> ~~ventanas,~~ <sup>ventanas,</sup> por contraluz, ~~pero~~ <sup>el</sup> ~~en este~~ <sup>en este</sup> acto aparecerá a derecha del espectador. Será sorprendida por la entrada silenciosa de Elvira, que apartará los cortinados del lateral derecho y sin avanzar, luego de breve pausa, se dirige a Vieja.

Escena 1

VIEJA, segundos después Elvira.

ELVIRA.-- (Vestida de blanco, primaveral) Buenos días, Vieja.

VIEJA.-- Muy buenos días, niña. El desayuno está servido. Había oído sus pasos por los corredores.

ELVIRA.-- (Avanza y llevándose la mano a las sienes) ¿Nunca has dudado si soñaste despierta o dormida?

VIEJA.-- Eso es cosa corriente entre los temperamentales. Si lo soñado no es una atroz pesadilla, <sup>es lo que la</sup> ~~se puede dudar~~, entonces la confusión <sup>puede llegar a ser</sup> ~~es~~ un gozo.

ELVIRA.-- ¿no has pensado jamás en esa raya misteriosa, ondulante, del instante en que abandonas la vigilia, das un salto y caes en el sueño? ¿No es como una zambullida?

VIEJA.-- ¡Ah, ese límite impreciso es la interrogante de todos los mortales. Por eso, yo que puedo no ser mortal, mastico unas hierbas que conozco y paso de la vigilia al sueño, muy campante, como quien entra en un salón oscuro y cierra los ojos. Casi <sup>es</sup> un ejercicio de ánimo en pena.

ELVIRA.-- ¿Tan eficaz resulta esa hierba?

VIEJA.-- A veces no me da tiempo ni para bostezar. Te corta la cabeza.

como un golpe de guillotina. Y todo lo que empieza es sueño, delicioso sueño, un jardín <sup>de un jardín</sup> más otro jardín, como si cumpliera un ensayo para la muerte.

ELVIRA.- Dependerá de la dosis, por supuesto.

VIEJA.- No, de la saliva que se trague. En una infusión el efecto es instantáneo.

ELVIRA.- Tendría que probarlo.

VIEJA.- Depende del temperamento. Hasta pueden anularse las facultades mentales, o morir subitamente.

ELVIRA.- ¡Tanto!

VIEJA.- Según la naturaleza, <sup>de un jardín</sup> digo. Estas pociones de los indios no han sido estudiadas todavía. Yo las manejo con cautela, ~~es cierto~~ ~~te,~~ pero nunca he matado a nadie.

ELVIRA.- No deja rastros?

VIEJA.- Ningún médico puede determinar si fué un ataque cerebral o el éncoe del somnífero.

ELVIRA.- Yo estudié el mecanismo cerebral del sueño, pero mi padre me lo explicó muy mal. Sé que las neuronas se separan y entramos en el sueño.

VIEJA.- Pues yo nada sé de eso ni me preocupa. Mastico las hierbas y no me cuesta nada hundirme en el sueño total.

ELVIRA.- Yo luchó en la raya, en ese límite impreciso, y cuando empiezo a confundir las cosas me digo en voz baja: "ya estoy adentro." Muchas veces, muchas, la llave para entrar al Palacio del Sueño, es el Padrenuestro. Se disuelve en el paladar como una pastilla. Pero anoche oí una guitarra al cruzar la raya de la vigilia.

VIEJA.- <sup>una</sup> ¿de guitarra?

ELVIRA.- Sí, lejana y cercana a un tiempo. La traía la brisa con un aro

ma que si lo vuelvo a sentir en las narices, volveré a oír la guitarra.

VIEJA.- ¿De quién es esa teoría?

ELVIRA.- Son ocurrencias de Don Juan, pero yo creo que su observación es válida.

VIEJA.- ¿Se lo contó a usted, mi niña?

ELVIRA.- No, escuché que se lo decía a mi madre. Como hacía calor, me acosté en el diván del corredor y pude escuchar sus palabras.

VIEJA.- Claro. Don Juan hablaba para las dos.

ELVIRA.- ¿Qué dices?

VIEJA.- No es para usted, mi niña, es para los que ocupan las últimas filas <sup>del teatro</sup>. ¿Te aburrías?

ELVIRA.- No, ¿por qué habría de aburrirme? Con ellas me fui a la cama y al entrar al sueño empezó a sonar la guitarra. Instantáneamente mi olfato se avivó, soñé que leíamos versos y... así dormida como cualquier mortal. Lo que no podría decir es si los versos estuvieron en el sueño o en la vigilia. Eso es lo que me hace obedecerte y no desayunar hasta contártelo todo. ¿Me dices algo sobre mi duda o me como estas tostadas <sup>de cristal</sup> marrón? (Se acerca a la mesa y tiende la mano a las imaginarias tostadas)

VIEJA.- Ya estaba dormida, mi niña Elvira. O quizás dormitaba en el diván del corredor. El silencio de la estancia se oye y produce sueño. Yo no escuché tonidos de guitarra, ni el aroma del campo se asoció para torturarme. No estoy enamorada, por supuesto.

ELVIRA.- ¿Yo sí, lo estoy, entonces? ¿Crees que estoy enamorada?

VIEJA.- ¿Una novia y prometida puede dudar acaso del amor?

ELVIRA.- ¡Es que el amor es tan vario, Vieja, tan dispar! Es tan extra\_

ña su presencia. Hasta he oído que se ama a la humanidad, ima-  
ginate, al propio género humano. "Por amor a la humanidad" oí  
~~que dije~~ un amigo ~~me~~ mi novio ~~que quería~~ convencerlo de no sé  
qué pasión nueva. ¿Es que un amor tiene que ver con otro?

¿Son acaso hermanos todos los amores? Hay un amor que trastor-  
na y es el que yo conozco.

VIEJA.- Es a ése al que responde usted, mi niña, sólo a ése.

ELVIRA.- ¿No estoy, acaso, capacitada para otros amores?

VIEJA.- También son perturbadores, apasionados, pero no son para su  
edad, mi niña! El amor a las grandes ideas ennoblece a la gen-  
te.

ELVIRA.- ¿Qué forma de amor<sup>es</sup> el que me aproxima a Oscar? (Simula mastiear  
una tostada)

VIEJA.- El mismo que por esa tostada. Está apetitosa, ¿verdad? Cruje  
entre los dientes. Se hace agua la boca.

ELVIRA.- ¡Eso es, están a-pe-ti-to-sas!

VIEJA.- Cómo Oscar, ¿verdad?

ELVIRA.- (pausa antes de responder) Claro, me doy cuenta de tu intención  
Ahora, Vieja, que me has hecho caer en la trampa; toda vez que  
desgaga con los dientes una tostada, me acordaré de Oscar.

VIEJA.- Y cuando usted se acerque a la boca de Oscar, el beso será una  
tostada crujiente.

ELVIRA.- Tu empiezas a fantasear. Mira que estoy al borde del mal humor,  
a un paso de la cólera. No me has explicado si soñaba o no, si  
alguien anoche tocó la guitarra, si pasé horas entredormida o  
sonámbula... En fin, que me dejaste desayunar, después contar  
el sueño y me has precipitado en el familiar mal humor. Tenías  
predilección por Felipe y Sonia. Les ayudabas a explicar sus  
fantasías nocturnas. Y yo sé que te engañaban. Ellos ya no sue-  
ñan, estoy muy segura de ello. Hace tiempo que no sueñan.

VIEJA.- ¡El uno con el otro, claro que no! La naturaleza no acepta las traqueadas de la juventud. Las encierra en sus propios impulsos, y taladran el túnel del más allá hasta ver la luz de la realidad, siempre más segura y bella que la de los sueños.

ELVIRA.- Ellos te engañaban, lo sé.

VIEJA.- Eres celosa por naturaleza.

ELVIRA.- Por educación, dirás. Me enseñaron a desconfiar del prójimo desde muy niña, y allí alimenté mis <sup>primeros</sup> celos.

VIEJA.- Como tu madre dice a cada instante que celabas a tu padre, ahora te ves comprometida a no desmentirla. Debes ser celosa por mandato de tu madre. Sangre en celos.

ELVIRA.- (con vehemencia) No es por celos que me quedo a acompañarla, ¡perócelo!

VIEJA.- (luego de una pausa). Claro, no es por celos. No temas que se lleven a tu madre y quedes huérfana de todo cariño; ¡claro que no!

ELVIRA.- Se hace tedioso Don Juan cuando relata sus experiencias o sus trabajos. ¿No te resulta aburrido?

VIEJA.- Los hombres no siempre brillan. Tampoco las estrellas brillan cuando hay nubes pasajeras.

ELVIRA.- Te confieso que tengo ganas de regresar.

VIEJA.- Creí que siempre las ~~mantenías~~.

ELVIRA.- Acompaño a mi madre con gusto y no ~~separadamente~~ <sup>antecediendo</sup>.

(Hace mutis dando señales de fastidio o mal humor al correr el cortinado con violencia y marcando las últimas frases.)

Eseña 11

(Momentos antes GABRIELA, que aparece en eseña, ha sorprendido el gesto Malhumorado de Elvira). Vieja y ~~ELVIRA~~ Gabriela.

GABRIELA.- No es natural en ella esos ademanes.

VIEJA.- Está contrariada.

GABRIELA.- Creo que debemos volver ~~a la ciudad~~ <sup>al campo</sup> cuanto antes, mejor.

VIEJA.- A su edad el campo hace daño. La soledad es el vacío; ¿verdad Señora Gabriela?

GABRIELA.- Se habla <sup>de</sup> de sones de guitarra en la noche. ¿Sabes de alguien que tenga algún instrumento en la casa? Aquí nunca se oyó semejante cosa. Ni cuando tú podías embrujar a los niños.

VIEJA.- ¿Sones de guitarra?

GABRIELA.- Elvira asegura que escuchó una canción acompañada de música. Tal vez <sup>de</sup> algún caminante que pasaba.

VIEJA.- A los caminantes los oye quien quiere oírlos. Como son siempre irreconocibles o desconocidos, tienen buen crédito entre los enamorados.

GABRIELA.- Sí, pero yo pude haber oído esa guitarra.

VIEJA.- No siempre está una dispuesta para oír una guitarra. La música viene y se va, sin que uno se dé cuenta de ello, sin poder de tenerla muchas veces. Se la oye y no se sabe <sup>de</sup> donde procede. Hay que pensar que se <sup>la</sup> lleva adentro y florece <sup>7 despierta</sup> y refaja el corazón sin que uno se lo explique. Eso es la música. Quizás pasó tan fugazmente que no fué posible detener ni la tonada. Hay quienes se enfrían con la sombra de una nube que pasa y no vuelven a recuperar el calor. Hay quienes detienen las sombras... Hay quienes detienen las sombras y la música para gozarlas al borde del agua en las noches estrelladas. Imagínese la guitarra al borde del lago, anoche, imagínela, Señora Gabriela. Si puede <sup>lograrlo</sup> ~~hacerlo~~, ya no dude usted <sup>de</sup> que anoche pasó una guitarra llena de música camino del lago. (Pausa) ¿Lo ha conseguido?

GABRIELA.- (Como si estuviese distraída) ¿qué me preguntas?

VIEJA.- Si escuchó los sones de la guitarra.

GABRIELA.- (Al ver que aparece Don Juan) Claro, sí; también oí esa música!

Escena 111

(Vieja, presente, a la que no responderán ni Gabriela ni Don Juan a pesar de sus intervenciones. Es mero testigo. Se mantendrá atenta yendo de un extremo a otro del escenario)

DON JUAN.- Estas leyendas de los celosos me han divertido siempre! Son la sal del mundo.

GABRIELA.- La leyenda de la guitarra en la noche es cosa antigua.

DON JUAN.- Guitarras para un amor. (Ríe). Habría que registrar el título para venderlo a la Estación de radio que anuncia los más bellos corpillos o las más ceñidas medias de seda. "Guitarras para una soledad"; "Noche para las guitarras". "Guitarras para una canción desesperada!" (ríe) ¡Radioteatro!

VEJA.- ¡Como si fuese la primera vez que utilizas la cursilería para entreabrir corazones! ¡Como si la cursilería no sirviese para nada! ¡Qué necio! ¡La cursilería siempre interviene en el amor de los demás, *me en el papío!*

GABRIELA.- Bromeas, pero muchos seres pagarían por escuchar "una guitarra en la noche"

DON JUAN.- No bromeo, recuerdo, memorizo. Me gustaría saber qué piensa Elvira de todo esto. Aquí todos terminamos por ser sensibles a la fascinación de las leyendas y supersticiones. Felipe y Sonia ya están a salvo en la ciudad, en la civilización.

GABRIELA.- Juan, es tiempo de dar alguna idea a Elvira de nuestras relaciones. Se aclararán muchas cosas, y ella, nos lo agradecería. Faltamos a la lealtad más elemental.

DON JUAN.- No estás en tus cabales, Gabriela. ¿Acaso puedes asegurar que me aceptará como padrastro?

GABRIELA.- Eso es para pensarlo. Pero estoy segura de que una leve sospe...

cha de su parte sería inútil. Una saludable sospecha, ¿qué te parece?

VIEJA.- Ella no tiene la menor idea. Le parecería monstruoso.

GABRIELA.- Elvira es celosa por naturaleza. Jamás pensará que su madre...

DON JUAN.- Por cierto. Para ella será una noticia desagradable. Sabemos que prefiere a su diputado que... vamos, es el esperado, es el novio.

VIEJA.- Es lo sensato.

GABRIELA.- Vuelven tus celos?. No, no te largues por ese camino porque conozco el desnivel de la cuesta y no existirán frenos para detenerte. Tí, celoso, <sup>no</sup> das miedo.

DON JUAN.- Entre sugerirle la ~~xxxx~~ leve idea de que no nos somos indiferentes y ahuecar el ala, prefiero marcharme. A veces abandonar el campo es alta sabiduría.

GABRIELA. (Arrojándose en sus brazos) Por favor, no y no! Nunca fui tan feliz como en esta temporada imprevista. (Lo acaricia) Sacrificaría todo por conservarte.

DON JUAN.- Pero no está bien que retengas a Elvira.

VIEJA.- Elvira sueña en la vigilia. <sup>(al público)</sup> Está soñando lo mejor de su vida. Hay que tenerla. Si pudiésemos mantener este suspenso durante todo un acto lograríamos entretener al público con oro de buena ley. Pero no temo que empiecen las suspicacias: que esta situación no es original, que le falta movimiento, que es un planteo conocido como si la vida fuese algo muy original. Empezarán los reproches, las impacencias justificadas de los críticos irradiando en la sala ese malestar que se expresa moviéndose en la butaca, o tosiendo adrede. Ellos son capaces de todo en su impotencia creadora.

DON JUAN.- Elvira puede transformarse en testigo.

GABRIELA.- Eso es lo que me inquieta y quita el sueño. Testigo del amor de su madre, del último amor de su madre, para el que no llegaría nunca su perdón.

DON JUAN.- Sí, una verdadera estafa.

GABRIELA.- No cargue más las tintas, te suplico!

DON JUAN.- ¿Y si yo atacase directamente como pidiéndole su anuencia, su aprobación?

VIEJA.- Este es el toque de cinismo que necesitábamos. El público *agudo* lo esperaba.

GABRIELA.- No. En ese caso, es a mí que correspondería explicarle que tú pretendes transformar nuestra amistad en algo más intencionado. Una sospecha, diré.

VIEJA.- Cierta sector del público *agudo* tendrá un poco de asco, a pesar de comprender, y aprobar, este auténtico y último amor *amor* de mujer *amor* otónal. No conviene insistir. Prosigamos.

DON JUAN.- No, ella siempre nos vería como a dos estafadores.

VIEJA.- Esa delicadeza salva a Don Juan y completa su psicología.

DON JUAN.- Hemos ocultado algo que nunca será descubierto. Cómplices de un mismo crimen. Esa es nuestra situación.

GABRIELA.- (insiste) Y, ¿si tú le hablastes?. Es estúpido que pidieses mi mano, *es* grotesco. La deslumbras tanto con tus palabras que te oiría como a un padre. La dominas con tu verba, sé que la fascinas.

VIEJA.- (intencionada) No está muy segura la señora Gabriela de que lo oirá como a un padre. *no crean...*

DON JUAN.- ¿Crees tú que la deslumbro? Más bien la *fatiga* *causo*. Hasta pienso que trata de eludirme.

GABRIELA.- He llegado a creer (pausa) que Elvira se quedó por tí.

VIEJA.- Si Don Juan dice que él también lo sospecha, enfrentamos

una situación ~~más fca aún~~ <sup>abnormal</sup> y muy difícil, <sup>o imposible por un momento</sup>

GABRIELA.- Sí, la deslumbras, abandona todo por escucharte. Yo creo que eso sea natural.

VIEJA.- ¡Por supuesto!

GABRIELA.- Eres hombre que relata graciosamente hechos originales, que ha protagonizado mil aventuras galantes. ¡Y lo que lo habrán contado de ti!

VIEJA.- Yo, ~~xxxx~~ por supuesto, me ~~causo~~ <sup>causó</sup>. ¡He contado infinidad de leyendas!

GABRIELA.- (entregada) Dame un beso de los tuyos, de los que yo conozco. Elvira se fué al lago como todos los días y podemos besarnos tranquilamente (lo besa). Me gusta habiarte dejando mis palabras entre tus labios. ¡Don Juan de mi alma, no sólo fascinas a mi hija, fascinas a todas las mujeres! Por retenerte haría cualquier sacrificio, la mayor locura. (Habliéndole en los labios). Entro en tu boca como no ha entrado ninguna otra mujer, lo sé, porque me enseñaste a amar cuando creí que el amor se alejaba para siempre. ¡Amor! enloqueces a las mujeres, trastornas cuanto miras. ¡No te dejaré ~~nix~~ jamás, jamás, jamás!

VIEJA.- Como puede comprobarse, no hay ninguna innovación sobre este punto <sup>tan</sup> frillado. Don Juan blande la amenaza constante de poder abandonar a la amante y obtener una sustituta. Gabriela o cualquiera otra mujer no tiene la certeza de que podrá reponer un Don Juan. Un hombre sí, es natural, pero un Don Juan no se le encuentra siempre a mano. Ninguna mujer planta <sup>Don Juan</sup>. ¡A veces, hasta juega -lejos- el amor propio! A Don Juan hay que elaborarlo con tiempo.

GABRIELA.- Aquí vivo más tranquila que en la ciudad. Aquí no necesito, amor sagrado, disputarte con otras ni desconfiar.

VIEJA.- Sabe positivamente que su hija es la que retiene a Don Juan en este páramo pampeano, pero la señora Gabriela se sacrifica, si-  
mula ignorarlo. Si leyésemos en su cerebro tendríamos el cabal  
"feuilleton". Pero la señora Gabriela llegará al punto de dispu-  
társelo a su hija, claro, con refinado d[é]simulo, sin producir  
sospechas. Anoche Don Juan la poseyó desnuda, pero él mantenía  
las ropas de trabajo con excitante olor a caballeriza. Y Gabrie-  
la sabe que esta noche se entregará ataviada con un bello y lu-  
joso traje de fiesta, negro y ceremonioso, a un hombre que a-  
guardará desnudo en el fragante dormitorio. Las fuerzas de Don  
Juan oscilan entre lo ~~deseconcertante~~ <sup>versátil a</sup> y la adaptabilidad.  
A veces, Don Juan, no es otra cosa que una f[é]mina con imaginación.  
Bordea la coquetería como el homosexual que de tan apasionado  
por la mujer, acaba por representarla ya que ~~no puede~~ <sup>rememorar</sup> conseguir-  
la. Tesis para psicoanalistas, *El tedio de la vejez.*

DON JUAN.- Tu hija Elvira no debe aceptar mis galanteos a su madre porque  
pasaría por tonta o te juzgaría desleal y mentirosa! Dejemos a  
Elvira en un plano distante y aparte. No existe. No es tu hija,  
no puede estar enterada ni ignorarlo como la más tonta de las  
mujeres. Sobre todo, no quiero que me odie.

VIEJA.- Podría amarte, entonces. El amante de su madre es <sup>una vieja</sup> ~~profunda~~ le-  
yenda, casi abismal, <sup>de</sup> (espantosa atracción. Se preguntará: ¿Por  
qué mi madre se entrega a ese hombre? Es su pregunta inicial  
para cuando lo sepa. *Después, no podrá sobrevivir al mar.*

DON JUAN.- Dejémosla vivir al margen.

GABRIELA.- Sí, tienes razón, es lo más prudente. Bésame una vez más. Estoy  
de blanco, hazme crujir la ropa almidonada como a veces te pla-  
ce.

DON JUAN.- ¿Cuántos caminos conoces ya, amor mío y qué largo es el recorri-

do que nos hemos trazado! (La besa); Tu boca no termina nunca!  
¡Podrías ser la mujer infinita!

GABRIELA.- Espero ser esa rara mujer.

DON JUAN.- Sabes tanto, Gabriela, que vivo de asombro en asombro.

GABRIELA.- No me preocupa otra cosa para conservarte.

DON JUAN.- Eres obra mía.

GABRIELA.- Ya lo sé, ya lo sé.

VIEJA.- Hacerle creer que es su obra maestra es excelente condición femenina. Humildad, persuasión, entrega. ¡Tonto es este hombre! Es ella que se lo ha <sup>alabando</sup> hecho a su manera. Pero el secreto de las mujeres es hacerles creer que la arcilla está en manos del varón.

DON JUAN.- Me place saberte moldeada a besos y caricias.

GABRIELA.- Y no sentir tu molde, ser una estructura tuya que se consuma, ¡Cuánto placer!

DON JUAN.- ¡Doblemente mía! (La abraza de pie, desesperadamente) ¡Doble ima\_ gen real y ficticia, carne y fantasma, ida y vuelta del amor, tormento!

GABRIELA.- Los hombres como tú, ¡cuánto callan y dejan en ~~xx~~ los labios, qué poco saben hablar cuando aman!

DON JUAN.- Volvamos a Buenos Aires, Gabriela. Es lo más razonable. Va a re\_ gresar Elvira. ¡Separémonos!

VIEJA.- Piensa en Elvira, Don Juan. ¡Hoy está sumamente rara, malhumo\_ rada!

(Voz de Elvira que llama a Vieja)

GABRIELA.- Debo disponer muchas cosas para podernos marchar. (Lo besa fu\_ gazmente) Te ayudaré a hacer tus maletas.

DON JUAN.- ¡Ah, eso sí que no! Nunca lo permitiré a ninguna mujer.

GABRIELA.- ¿Supersticioso? ¿O tienes principios? ¿Cuáles son esos principios?

*se mantienen*

DON JUAN.- Mis razones ~~están~~ <sup>se mantienen</sup> tan ocultas que no guardaría con tamaño celo ni mis tesoros materiales. Al fondo ~~no~~ <sup>de mis malezas</sup> llega el sol.  
(Mutis de Gabriela)

Escena IV

Don Juan, Elvira y Vieja.

ELVIRA.- (Sorprendida de encontrar a Don Juan, avanza un par de pasos)

DON JUAN.- Traes en los ojos la luz entristecida del misterioso lago. No debieras frecuentar ese lugar. Pensé decírtelo pero no me atrevía. Hay tanto sauce llorón.

ELVIRA.- Allí me encuentro a mi misma. Soy la verdadera Elvira.

DON JUAN.- ¡Feliz de tí! Si yo pudiese encontrarme a mi mismo! (marcando un tono melancólico). A veces pienso que si soy más andariego que mis amigos, es porque busco, busco algo que sospecho llevar adentro! (pausa). Sé asimismo que es vano pretender hallar soluciones lejos de uno mismo. (Al sentarse lo hace muellemente, como denotando fatiga)

VIEJA.- Hasta en tus propios ademanes marcas un desgano que es el que Elvira quiere encontrar en tí. Ese dejarse estar <sup>que</sup> desanima tus palabras. Vas por buen camino, <sup>¡te transfieren!</sup> vulgar aventurero!

ELVIRA.- Pues yo siempre creí que esa orfandad, ese sentimiento de orfandad era más propio de las mujeres que de los hombres. No encontrarse, es confesar el no haberse <sup>visto</sup> encontrado nunca. Es una gran desdicha.

DON JUAN.-  
VIEJA.- Hablas claro. Elvira, te felicito. Ni mi conciencia en descanso, por la noche, obtiene definiciones tan precisas.

ELVIRA.- No sé por qué el metal de tu voz parece haber cambiado. O es que el silencio del lago solitario me cambió los oídos. ¿Hablas, acaso, en voz baja? Sin embargo...

DON JUAN.- Es que he leído muchas horas en voz baja. ¿Sabes?

ELVIRA.- ¿Qué leías?

DON JUAN.- Poemas de tu abuelo, ¿querrás recrearlo? Encontré en mi cuarto un tomo encuadernado que quizás haya pertenecido a tu abuela. Tiene sus iniciales en el lomo.

ELVIRA.- Debemos haber leído los mismos versos. Esto suele suceder a menudo.

DON JUAN.- Uno deja el libro abierto en una página y el lector desprevenido lee lo que el anterior dejó señalado inadvertidamente.

ELVIRA.‡ Inadvertidamente, sí. ¿si hubiese intención oculta en ello? . . . dirigida por una especie de pudor de los sentimientos? ¿Si fuese una forma de comunicarse entre dos seres?

DON JUAN.- Sería algo delicioso y cándido. Buscaré algún poema que se merezca y utilizaríamos la poesía de tu abuelo para indirectamente tratar de comprendernos.

ELVIRA.- ¿Hay alguna necesidad de comprenderse? En tal caso sería inútil tarea.

VIEJA.- Ya es tarde para esas reflexiones.

DON JUAN.- ¿Inútil tarea? Quisiera entenderte con la agilidad que mereces.

ELVIRA.- No podemos esperar nada en común. Salvo que...

DON JUAN.- Quieres someterme a interrogantes sin respuesta. No jugarías así con tu novio.

ELVIRA.- A un hombre seguro de si mismo como él, no es fácil proponerle ningún juego (pausa) ningún juego divertido.

DON JUAN.- ¿Es divertido para tí?

ELVIRA.- No lo es. (pausa) Podría encontrar muchos libros abiertos y en ninguno de ellos sabría encontrar la verdadera ~~razón~~ razón de esa señal, de la indirecta ventana abierta...

DON JUAN.- ¡Ah! Tus ventanas! Abiertas a un diputado.

ELVIRA.- Hable de las otras ventanas reales. Lo que más me place es sa\_

ber que puedo abrir los ojos y divisar un cielo estrellado, desde mi almohada.

DON JUAN.- Así se oye crecer la noche.

ELVIRA.- Coincidimos. Para mí es una revelación saber que usted es muy distinto de como lo vé la gente todos los días.

DON JUAN.- ¿La de todos los días?

ELVIRA.- Quienes lo toman como un gustador de la vida y nada más.

VIEJA.- (Grita); Veneiste!

DON JUAN.- En todo ser humano hay desdoblamientos, y lo que hoy emociona bien puede significar poco mañana.

ELVIRA.- ¿En tan corto plazo?

DON JUAN.- Es decir, reaccionamos en forma felizmente variable. Depende ante qué espejo nos estemos mirando.

ELVIRA.- Esta conversación le ha hecho olvidar su tisana. Vieja la ha dejado sobre aquella mesa. (señala)

DON JUAN.- Es una forma insignificante de perder la cabeza. (Se levanta y camina hacia la mesa donde reposará la imaginaria taza con la infusión.) Simula sostenerla con las manos)

VIEJA.- Prefiero no ser testigo de la escena que vendrá. Me contentaré con correr las cortinas y oscurecer el ambiente. (Lo realiza y hace mutis por la derecha)

Escena V

ELVIRA.- Ya tiene la tisana de todas las noches. *La costumbre; no* ~~no~~ es envejecer un poco, repetirse un poco?

DON JUAN.- (Suspira) Si repetirse fuera detener el tiempo o simplemente paladear las cosas, pienso que me acercó a esos días benditos y me torno nostálgico.

ELVIRA.- Creo que el secreto está en poder repetir que es lo mismo que

recuperar.

DON JUAN.-- ¿Tienes muchos actos que merecen ser repetidos?

ELVIRA.-- Si lo sabe que sí, que los tengo, ¿a qué la pregunta? Volvería a correr idénticos riesgos.

DON JUAN.-- Creí que pasabas por el mero hecho de recordarlos, sin ir más lejos.

ELVIRA.-- Me gustaría que lo sintiese usted en carne propia, que viviera perseguido por un recuerdo.

DON JUAN.-- (Dando síntomas de malestar y acaecimiento como si la bebida le hubiese perturbado) No alcanzo a oír con claridad. Siento que las imágenes se fijan, que quedan de pronto inmóviles... ¿Qué me sucede? (Extrañado, confundido) ¿Qué me pasa? (Cae en un borde del sillón moderno y poco a poco queda tendido a lo largo, ~~tenido~~) *desvanecido*

ELVIRA.-- ¡Oh! ¿Si a Vieja se le hubiese ocurrido terminar con él?

DON JUAN.-- Sueño, nada más que mucho sueño, Elvira, un sueño mortal...

ELVIRA.-- (Precipitándose sobre él) No, no puede ser que haya extremado la dosis. ¿La muerte? Yo no podía esto... ¡Juan! Juan (acariciándole la frente) Yo no pedí tanto porque corro el riesgo de que ~~erte~~ <sup>erte</sup> demasiado... ¡Y no debo llamar a nadie! ¡Podría delatarme, se darían cuenta! Juan, amor mío ( lo besa), no te vayas del todo! Por favor, he querido detenerte, cortar tus alas alocadas por un momento. Ay, que no sea largo, Dios mío, que vuelvas en sí... ¡que vuelvas estando ya haya podido tenerte para mí, solo para mí, amor mío, pero amor de tantas y tantas mujeres.<sup>h</sup> Hermoso mío, al que hago detener la sangre como si pusiese mi pie sobre un hilo de agua... Amor para mi sola, te beso y me rindo y no sabrás que fui tuya sin tí, que fuiste mío, sin tí. Amor perfecto tú, porque te pareces a todos los hombres que he

deseado, al que soñaron otras mujeres y semejante al de otras enamoradas, a todos los nogios, tú que no sabrás nunea, nunea, eómo fué ésta tu primera ausencia de la tierra. (Lo besa en la boca) Volverás sin pedir rendimiento de cuentas, por eso te beso. Y tú, no podrás repetir con nadie esta caricia (levanta la mano de Don Juan hasta su mejilla y la sitúa en su nuca). Esta caricia sola para mí, para mí, mi adorado Don Juan. ¡Vivo, mío; muerto, también mío, mío! Si me places mío, repetido hasta el infinito, hecho para mí, muerto, mío! ¡Mío, de nadie más! ¡Te adoro! (Lo besa)

Eseena VI

Diehos y Vieja

VIEJA.- Niña Elvira, la llama la señora Gabriela. (Mirando a Don Juan) Nada más feo que un hombre dormido. Con la boca entreabierta, respirando a duras penas, con toda la estupidez del sueño caí da sobre el rostro. (A Elvira) ¡Retírese que si sigue observan do lo que deseubrimos el público y yo, correrás a refugiarte en los brazos de tu novio, por muy diputado que sea! ¡Ande, ni ña Elvira! (Elvira deja a Don Juan en manos de Vieja) (Hace mutis)

Eseena VII

DON JUAN.- (Poniéndose de pie muy atlético) Para oír las más bellas palabras hay que estar al borde de la sepultura. Con vida, te maldicen, <sup>te olvidan</sup> después también, pero todos tienen frases bellas para un cuerpo exánime, a penas tibio. Nadie es duro en la agonía. Vieja, la experiencia es cosa que mucho vale. ¡Debí contener mis manos pa ra no hundir las uñas que se a filaban de los dedos, tentadas de sus carnes recientes! Todo es lícito en la vida, Vieja, ¡todo

resulta lícito si es bello!

(Se oscurece la escena para que puedan aparecer la Abuela y la criada. Abuela viste de negro)

Eseena VIII

ABUELA.-- (Seguida de Criada que viste de morado como los suicidas)  
Nunca lo sabré, nunca lo sabré. (Hace el gesto de servirse de ~~en~~ una imaginaria copa y bebe una tras otra) No sabré nunca por qué te quitaste la vida. Pasarán los años, ~~que~~ los siglos, y no lo sabré. Dime (a criada) ¿por qué te quitaste la vida?

CRIADA.-- Ha bebido mucho, señora, y me pagan para no dejarla beber.

ABUELA.-- Pero te quitaste la vida y debo soportarte a mi lado envuelta en ese horrible color.

CRIADA.-- Pasaremos siempre, siempre repitiendo lo mismo. Bien lo sabe, usted, borracha y yo sin saber por qué me quité la vida. Tenía un hijo en la entraña y lo siento todos los días golpear en mi pecho. Y así será por mucho tiempo.

ABUELA.-- ¡Y esos dos estrafalarios que no acaban de amarse! ¿Verdad que son tontos Elvira y Don Juan?

CRIADA.-- Ella lo desea. Tal vez ese señor nunca pueda quererla.

ABUELA.-- Pero Elvira se entregaría ahora mismo (bebe) da señas de borra-  
chera); Cómo saben fingir las mujeres que engendramos! Antes no ~~era~~ así.

Eseena IX

Lehos y Abuelo que entra a eseena con un candelabro en la mano, el otro lleva Criado.

ABUELO.-- (Suspira) ¡Si por lo menos cuidases las palabras! El alcohol les pone alas. Debieras pensar un poco.

ABUELA.-- Pienso las palabras todas, una por una, y más son las palabras

y mía es la voz y es lo último que me queda. Cuando se apaguen habré terminado. (Se levanta con la imaginaria copa en la mano y anda hasta el abuelo) Toma, bebe tú, anémico, que te has pasado la vida escribiendo sin emborracharte de puro cobarde. ¡Bebe, viejo idiota! Literato!

CRIADA.- Señora (trata de quitarle el vaso de las manos); Señora!

ABUELA.- <sup>¡qué cosa!</sup> Un hombre sin viejos cuando la vida nos pone a prueba a cada paso con un viejo. Bellos viejos, todos <sup>ellos</sup> creados por el hombre! Bellos viejos. ¡Desde la guerra que no quisiste hacer de puro flojo, figurando en mitines pacifistas! ¡Viejo cobarde! Yo por lo menos elegí un viejo que mata ¿viste lo que dijo el médico? Sírrosis. ¡Voy a repetir mi muerte con el hígado hecho una paltrafa y no como has muerto tú, de viejo sensual, avarichito de las tentaciones! (Bebe un trago más)

CRIADA.- ¡Señora, basta!

ABUELA.- ¡Y yo no sabré jamás por qué te quitaste la vida, tú, joven idiota!

CRIADA.- Nadie me quería en cinta; ¿le parece poco? Nadie.

ABUELA.- Pero, por qué, por qué? Cuántas veces ¡oh condenada! repetiré esta pregunta y se me atascará en la garganta al sorber un trago, mi último trago de whisky.

ABUELO.- Muere ante mis ojos como si yo la hubiese condenado. No me sirvió ni para rematar una escena, ni para incluirla en una novela. No coincidió con ninguna de mis creaciones. Pertenece a la vida y no la representaba; ¡qué real es en cambio Don Juan repartiendo coronas de alegría por todos lados! (al criado) ¿no te parece real, zopenco?

(Criado se pasa la mano bajo el mentón dando señas de no entender nada)

ABUELO.- Por no pertenecer a la vida, es real, es una creación mía.  
 ¡Viva Don Juan, aunque yo perezca!  
 (La abuela cae en convulsiones mortales. Ni uno ni otro se  
 mueven para ayudarla. Estertores. Abuela se despiroma muerta.)

Eseena X

Dichos y Vieja que aparece sin peluca, natural, tal cual es.

VIEJA.- Y así, todas, todas las noches. (Dirigiéndose al público)  
 Todas las noches, por los siglos de los siglos, el Abuelo verá  
 morir a la Abuela. La criada recogerá la copa de alcohol, jun-  
 tará los candelabros y mirará a su ama, tendida, muerta, mien-  
 tras son testigos imposibles de otras vidas. Este es el infier-  
 no que no tiene todavía mención literaria. Esto les acontece  
 a los que muertos que hemos creado. Repetirán noche a noche la  
 última eseena de sus vidas hasta el infinito. Amén.  
 Y ahora, sigue la vida en torno a la muerte; y, señores, termina  
 el segundo acto.

(( ))(( ))(( ))(( ))(( ))(( ))

TERCER ACTO

Acto III

El mismo decorado. Al levantarse el telón se oirá la algarabía de una fiesta de máscaras. Gritos entre bambalinas, fuera de escena: "¿Quién es? Ah, sí, eres tú! ¡Qué tonta! ¡Eso no es una máscara, es tu propia cara! ¿Qué necesidad tienes de disfrazarte? ¡Los locos están en el lago, vestidos de ranas! (Risetas, gritos) ¡Y este disfrazado de guitarra, ¿quién es? Déjame tocarle! Guitarra!"

Escena 1

22 folios

ADA, vestida de Colombina, atraviesa la escena lentamente, mientras oye gritos y frases fuera de escena. Tiene dieciocho años. Cuando llega a la mitad de la escena marchando de izquierda a derecha del espectador, bajará elvira los peldaños de la <sup>escalinata</sup> ~~escalinata~~ de madera por la que, entre los coratinados, acostumbran bajar los "muertos". Viste de color morado, el que corresponde a los suleidas. Con los brazos estirados, como si quisiera palpar el aire, sigue a Ada, lentamente también.

ELVIRA.- ¡No vayas, hija mía, no vayas! No sabría indicarte dónde está el peligro... ¡Todos llevan cubiertas las caras! ¡Ada, hija mía, no avances un paso! ¡Que se paralice tu corazón antes de empezar el baile! ¡Que mueras súbitamente, como tantas otras niñas... antes de empezar a bailar! ¡Que mueras virgen, pequeña, intacta, sin una sola mano extraña sobre tu seno frágil! Ada, no avances, no des un paso más. Los médicos aseguraron que habías nacido <sup>de</sup> endeble de corazón. ¡Que la ciencia no se equivoque! No avances, Ada, quédate quieta, (Ada se detiene) allí, en esa grieta de la tierra. Detén el paso, alma mía, Ada mía, sangre mía! ¡No avances! (Ada da un paso) No adelantes un solo paso. Hoy todo está preparado para tu sacrificio. (Se oye un vals); Horror! Nuestra peor enemiga: la música, la maldita música. (Se tapa los oídos); ¡La música!

## Escena 11

Aparece repentinamente el Abuelo seguido del criado.

ABUELO.- Al fin la música, esa hermana secreta del alcohol. ¡Bienvenida! La música (se sienta en la silla que nadie ocupa), la música, tan vaga y hedionda, tan clara y sucia, tan lozana y putrefacta; Empezó la música! Dios sabe lo que hace.

ELVIRA.- ¡No vayas, Ada, ni<sup>a</sup> mía, no vayas a la fiesta!

ABUELO.- (Al criado) <sup>¡Dios!</sup> ¿Has cosas que se aprenden en el Infierno, muchacho! ¿Te has dado cuenta <sup>de</sup> que Dios se divierte dejando en libertad a algunos seres? ¿No te has fijado, zopenco querido, que les da rienda suelta para entretenerse, para gozar con ellos? Dios dejó en libertad a ciertos hombres y resultaron los genios con que ~~me~~ cuenta la Humanidad. (Mira al ~~criado~~ que pone cara de tonto) ¡Nunca entenderás nada! No después de muerto has aprendido algo. <sup>Si natura non da salvanca, non presta</sup> Aquí sí es fácil demostrar que ~~que te enseñe~~. No aprenderás nada. En cambio mis huesos, al transformarse en ceniza, fertilizaron las hierbas y siguen su curso. Pedí que me enterraran en una fosa de tierra. ¿Comprendes, zopenco, qué pasa con Dios, aburrido y solitario? Dejó en libertad a un tipo como Lenin y mira cómo está el mundo! Los genios le juegan una gran trastada! A los genios no los vigila Dios, ¿comprendes? ¡Son esos hombres que en la tierra a veces se llaman sabios y cuya máxima hazaña ha sido la de escapar a las leyes de la gravedad! Mira qué broma pesada! La gran distracción de Dios corre ~~un~~ riesgo inusitado. Y esa tonta de Elvira siguiéndole los pasos a su hija <sup>Ada</sup>, para que no caiga en brazos de Don Juan, que es otra distracción de Dios pero de tono menor! <sup>(Se entiendo.)</sup> Ya ves que todos nos entretenemos viéndole agitar la sangre de nuestra familia. Les po-

ne alas, y la familia creee. Que digo nuestra, de mi familia, porque tú, zopenco, no eres de nuestra familia aunque hayas gozado de sus vicios. Juntos nos vinimos a este Infierno, con la obligación eterna de repetirnos con dolor y aseo por los siglos de los siglos. Te pregunto: si nos hubiesen dicho que nos esperaba esta eternidad como castigo, ¿habrías sido tan fiel a mis caprichos?.

CRIADO.- Creo que sí.

ABUELO.- Respuesta de la servidumbre: "creo que sí". Eso quiere decir que tienes tus dudas, no estuviste convencido de nada. Viviste indiferente, tartamudo mental? En cambio yo respondo: si me hubiesen amenazado con este Infierno, habría orientado hacia algo espléndido nuestra crueldad/amorosa.

CRIADO.- No habríamos muerto juntos el mismo día y a la misma hora, señor, como morimos.

ABUELO.- Tú habrías muerto al lado de otro viejo viejoso como yo. Por que naciste con esa belleza fatal, "la beauté du diable" (pausa) Nunca fui totalmente feliz contigo. No sabías hablar francés.

Eseena 111

VIEJA.- (Aparece por la derecha y sorprende a Ada detenida, inmóvil en medio de la eseena)

Ada, niñita querida, ¿qué esperas para elegir un compañero? Ya todos giran alrededor del lago tomados de las manos. Hermoso conjunto. Alguien preguntó por tí. Te reclaman.

ADA.- (Avanza hacia Vieja como para lanzarse en sus brazos) ¿quién, quién, por favor?

VIEJA.- Ni sospecho quién puede preguntar por tí. Quizás haya sido una

muchacha vestida de Pierrot, por supuesto.

ADA.- Tengo horror a las máscaras. Tengo miedo de equivocarme. Ayúdame, Vieja, tú que has organizado esta fiesta, ayúdame.

VIEJA.- El azar es el que cuenta en estas locas mascaranzas. Ninguna ley rige para los pasos del disfrazado. Puedes bailar toda la noche con un muchacho de tu edad y ~~el baile~~ <sup>de la fiesta</sup> terminar ~~en~~ el mayor fiaseo.

ADA.- ¿Debo ponerme el antifaz? Yo no quiero engañar a nadie.

VIEJA.- Si quieres ser confundida, <sup>mejor</sup> el antifaz. Es bello ser tomada por lo que uno no es, así como merece la pena dejar que el azar nos ponga por delante aquello que <sup>mejor</sup> ~~nunca~~ deseamos.

ADA.- Lo dices porque soy fea. Comprendo. El azar puede favorecerme.

VIEJA.- Tú no eres fea, Ada. Bajo este techo jamás durmieron mujeres feas.

ADA.- No sé ciertamente qué belleza puede ser la mía. Puedo ser de las bonitas que se casan; pero puedo ser acaso de las hermosas que desafían el amor?

VIEJA.- (Hace gesto de no entender)

ADA.- Mirame bien, mirame de cerca hay que cumplo dieciocho años y corro el riesgo mayor en un baile en que los hombres pueden resultar mujeres y las mujeres hombres. ¡Mirame bien y explíame qué encuentras en mi cara, que pueden hallar los hombres en mi cara, antes de que me coloque el antifaz! ¡Acérrame a tus ojos, Vieja! Explíame por qué las mujeres feas venden estampillas en el correo o cosen pantalones en la trastienda del sastre. Tengo una amiga pobre, pobrísima, que no se puede ganar la vida sin que en ello cuente su belleza, como cuenta la fealdad en el fracaso o las dificultades de las otras. Su belleza no sólo no le permite ganarse la vida... no la deja vivir honradamente. No

puede decidir su suerte, porque la eligen, la saquean como a un tesoro, ~~tiene~~ <sup>se le atribuye a</sup> su mejor pastor.

VIEJA.- ¿~~Ella~~ gusta de los hombres?

ADA.- ¿Por qué lo preguntas? Ellos han sido hasta ahora sus reales enemigos. ¿Dime por qué el mundo es, y ha sido, de las mujeres bellas, y por qué tienen que prostituirse en una u otra forma, y por qué no encontramos jamás tras la ventanilla del correo a mujeres hermosas como la princesa de Mónaco! ¿Mírame, quiero saber qué belleza es la mía, si es la de la servidumbre, si es la que da el dinero o la que enciende a los hombres, si es la que muere o mata!

VIEJA.- De esa última tienes heredada buena fortuna.  
(Elvira va retrocediendo a medida que habla ~~Adahasta~~ hasta desaparecer tras el cortinado, subir los escalones a esta altura del diálogo)

Eseña IV

Al hacer mutis Elvira, entra en eseña la criada con la Abuela, tambaleando, cruetando, ahita de alcohol. Cuando comienzan los estertores de su muerte se desvanecerán las luces del sector de la izquierda, iluminándose las figuras de Ada y Vieja.-

ABUELO.- Y así, por los siglos de los siglos. Ella no podrá ver bailar a su biznieta. Yo sí.

VIEJA.- Has heredado una belleza muy particular, criatura.

ADA.- ¿Por qué particular? ¿Dímelo! Sé que no soy fea como para vender estampillas o hilvanar pantalones para los sastres, pero no puedo entender mi belleza. ¿Para qué me sirve, para qué la tengo, ni qué voy a hacer con ella?

VIEJA.- ¿Te gustan los muehaehos?

ADA.- (luego de una pausa) Ellos no se muestran muy satisfechos con

mi belleza. No saben decirme si los gusto. Me lo demuestran en una forma... (pausa)

VIEJA.- En qué forma, Ada?

ADA.- Comprendo que los guste porque llegan a gustarme a mí y creo que existe eso que se llama "reciprocidad." Pero hasta ahora no me explican por qué se quedan conmigo si algo les concedo, y por qué me desdennan si me muestro rígida o simplemente correcta.

VIEJA.- ¿Te gustan entonces los muchachos?

ADA.- Siento que los gusto, lo que es casi lo mismo. Pero yo quiero saber por qué les agrado. Se lo pregunto, y callan o me llenan la boca de besos como para hacerme callar. Es la repetida respuesta que obtengo. Vieja, necesito saber cómo soy para un muchacho, cómo me ven los hombres. A veces temo que me confundan, que esperen de mí lo que no ~~quiero dar todavía~~ puedo dar todavía, lo que no quiero dar. Explíame, tú, Vieja, que estás en esta casa viéndonos crecer.

VIEJA.- De todas las de tu sangre eres la más resuelta. Tu padre se batía en la Cámara con la vehemencia <sup>con</sup> que debes batirte tú esta noche. El vivió entre máscaras <sup>y farsas.</sup>. Tú vas a decidir <sup>de</sup> tu suerte, en otra mascarada semejante a la suya.

ADA.- ¿Por qué tiene que ser hoy? ¿Precisamente esta noche?

VIEJA.- Porque estamos representando y no debemos postergar los hechos, no eludirlos. Porque hay una mecánica teatral que repugna a todos los autores, pero que todos ellos han aceptado como leyes escénicas. Tiene que decidirse esta noche y aquí.

ADA.- Cuando hablas así, con ese tono de maestra, no te entiendo nada. Total, ni una palabra sensata sobre mi belleza. Parece que hubiésemos jugado una escena de teatro para preparar otra!

VIEJA.- ¿Qué duda cabe? Es teatro, nada más que teatro cuanto te sucede.

ADA.- Es que yo quiero que no sea teatral, que me expliques el destino de esto que puedo llamar mis dones naturales, aceptarlos como tales. ¿Es que a penas me sirven para ser actriz?

VIEJA.- ¿Y si tuvieses que encarnar a una empleada de correos? ¿Renunciarías a ser hermosa a cambio de tener alma?

ADA.- Prefiero ser hermosa y no encarnar jamás el alma de una <sup>devidada</sup> triste pantalonera.

VIEJA.- Estás definiendo tú hermosura. La que gusta a los hombres disfrazados de hombres, pero nunca a los hombres refinados, capaces de disfrazarse de mujer.

ADA.- ¿Una hermosura para cualquiera?

VIEJA.- ¡La hermosura que desea el macho, escondido pero no detrás de un antifaz!

ADA.- ¿Crees tú que hay hermosura triste, hermosura alegre, hermosura cuerda y hermosura <sup>loca</sup> loca?

VIEJA.- En caso de existir esas ~~clasificaciones~~ clasificaciones, la única hermosura que cuenta en la vida es la hermosura loca.

(Aparece repentinamente en escena Elvira con las manos tendidas, luego se cubre la cara con ellas y desaparece)

VIEJA.- Con la belleza loca es con la que cuentan los dioses. La otra ya está registrada en Botticelli, Durero, Memling o el Giotto. La belleza incontrolada, la que muere es la que cuenta. La perdurable no sirve para nada. El amor es bello porque acaba, porque muere, porque se esfuma y lo queremos así para hacerlo casi perfecto. El amor existe cuando llora o piensa en sacrificio y muerte. La certeza de la fugacidad de tu amor será lo que lo hará inmenso, enloquecedor. Vas a entrar al amor como a un templo prohibido.

ADA.- ¿Por qué prohibido?

VIEJA.- Porque todos los amores auténticos son prohibidos aunque la realidad diga lo contrario. Amor es desequilibrio, guerra, batalla para morir. ¡Cuando se muere ~~a un tiempo~~ se llega a la perfección!

ABUELO.- (desde la penumbra) Oyes, oyes (al eriado); ¿entiendes esas palabras?

CRIADO.- ¡Las he oído; pero entenderlas, lo que se dice entenderlas, no!

ABUELO.- Siempre nos separó algo. ¡No sabías hablar francés! (Hacen mutis por la escenaria de madera)

Eseña V

VIEJA.- (Suena un vals y no bien comienza aparece Don Juan y toma por el talle a Ada. Viste de Arlequín y podría ser irreconocible. Le sigue una farándula, ronda de ~~enmascarados~~ <sup>enmascarados</sup> tomados de la mano que siguen el ritmo musical. Vieja, a los de la farándula, seis u ocho:

¡No corran alrededor del lago, por favor! El agua profunda espera a alguno de ustedes desde hace mucho tiempo. Es el primer baile de enmascarados. El agua puede estirar su mano zurda y atrapar a un macho creyendo que es una hembra. Sobre la superficie del lago todos son iguales. Y el agua aguarda una hembra para enlutarnos, desde hace mucho tiempo.

UNO DE -Alguien resbaló sobre el lodo, pero le ayudamos a saltar.

LA RONDA (Una máscara enseña el traste embarrado)

VIEJA. - Venció a los sueños y a la muerte. ¡Viva la vida! ¡Siga el baile!  
(La ronda hace mutis)

Eseña VI

ADA. - (Sigue el ritmo del vals y se deja llevar a gusto por el sorprendente bailarín. Cesa la música y continúan bailando con igual

ritmo) ¿Quién podrías ser, desconocido, que me envía el azar?

DON JUAN.- No es el azar.

ADA.- ¿Quién ~~es~~, entonces?

DON JUAN.- El que esperas.

ADA.- No espero a nadie.

DON JUAN.- El que buscas, ~~entonces~~. *¿quién es?*

ADA.- No busco a nadie.

DON JUAN.- El que ha llegado, al fin.

ADA.- ¡Que sea bienvenido!

DON JUAN.- El que no volverá.

ADA.- ¡Tanto mejor!

VIRJA.- No tiene por qué reñirse.

DON JUAN.- El que no volverá.

ADA.- Ya lo sé.

DON JUAN.- ¿Por qué lo sabes?

ADA.- Porque yo quiero que no vuelva.

DON JUAN.- No serás tú quien decida.

ADA.- Si es lo inesperado, sé que no puedo volver.

DON JUAN.- Sabes más que yo, ¡y tan joven!

ADA.- La mujer siempre sabe más que el hombre.

DON JUAN.- ¿Por qué?

ADA.- Porque es mujer, nada más que mujer.

DON JUAN.- Me gusta como bailas.

ADA.- ¿No te gusta como pienso?

DON JUAN.- ¿Pensar? ¿Es necesario pensar? (El ritmo se hace violento y Ada se desprende de los brazos de Don Juan para sentarse con alguna violencia en el sillón que nadie ocupa)

DON JUAN.- (Sorprendido, alterado) Ada, ¿qué haces? ¿Sentada en el sillón del bisabuelo? ¿quieres alterar la tradición familiar?

ADA.- ¿Quién eres tú para llamarme la atención?

VIEJA.- ¿Quién sorprende a quién? ¿Cuál de los dos es más capaz de llamar la atención con actos audaces? ¿Él o Ella?

DON JUAN.- ¿No respetas las tradiciones?

ADA.- Hoy *x* no se me da la gana.

DON JUAN.- ¿Lo has hecho otras veces? Nadie ocupa ese sitio y es el misterio de la casa, la inspiración de varias generaciones.

ADA.- Pues me doy el gusto de romper esa tradición. Y desafío al destino.

VIEJA.- Hay quienes creen que para que exista un Don Juan se necesita una Doña Juana.

DON JUAN.- ¿Acaso pretendes desafiarme?

ADA.- Preocuparte un poco *x* es suficiente.

DON JUAN.- Yo sé quién eres. Tú *x* me ignoras.

ADA.- Trato de confundirte. Ponte inteligente y observa: si yo fuese de esta familia temblaría al sentarme en este sillón. O no soy de esta casa, o si lo soy, me rebelo contra todos. ¿Qué prefieres? ¿Que sea una más de esta familia o que hayas bailado con una intrusa?

DON JUAN.- Prefiero que seas la hija de Elvira.

ADA.- No te responderé como hija de esa señora Elvira. ¡Sería tonto en un endiablado baile de máscaras! Hay que eludir a la gente simpleta. ¿No te parece?

DON JUAN.- Hay muchas muchachas de tu sangre, sospecho, que temblarían sentadas en la silla espectral, con abolengo *x* y leyenda *pusapia*.

VIEJA.- Si sospecharan que sigue el abuelo jugando en el amor y la muerte, noche a noche... tendríamos otra pieza de teatro, pero con más fantasmas. Lástima que hay tantos antecedentes en el teatro moderno.

ADA.- Mis hermanas menores, mis primas, andan dando saltos de rana al\_ alrededor del lago.

DON JUAN.- Caíste en la trampa. Eres la bella hija de Elvira, la hija mayor, la que todos consideran que heredó la belleza cambiante de su madre.

ADA.- (quitándose el antifaz) Pues sí, soy Ada, y no me gusta jugar escenas ambiguas. Aquí tienes desnudos mis ojos, mi boca.

DON JUAN.- ¡Pudiste intrigarme, confundirme! Al sentarte en ese lugar senti\_ tí el desconcierto más grande. Empezaba a vencer mi tremen\_ da curiosidad. Ahora, prefiero saber con certeza quién eres.

ADA.- ¿Por qué? ¿Buscabas a otra?

DON JUAN.- No, el instinto me acercaba a tí, como dos perros sabuesos siguen por el aire el rastro de la presa.

VIEJA.- Es demasiado, Don Juan, y no es poético.

ADA.- ¿Habrías preferido que temblase aterida en tus brazos, mien\_ tras bailábamos?

DON JUAN.- Quitate de ese sitio. Lo reservan a una tradición que me re\_ sulta respetuosa y solemne.

ADA.- ¡Eres un tonto, un anticuado, un cachivache! Dejo este sillón para darte el gusto de que guardes un secreto mío. Sólo tú sabrás mi desafío a la familia. Sabes que soy Ada y me arries\_ go a jugar mi papel.

DON JUAN.- ¿Por mí, acaso? ¿Soy decisivo?

ADA.- Como no sé quién eres poco me importa. Pero pensaré después: hay un hombre en el mundo que me sabe irrespetuosa y cruel, y eso me basta. Quizás nunca sepa quién fué ese hombre...

DON JUAN.- No te daré el disgusto de aprovecharme de tu secreto. Pensa\_ rás: hay un cierto personaje...(pausa)

ADA.- De voz varonil, de buen talante, que guardará el secreto de

mi irreverencia. (Transición) Mirame, ¿tengo acaso cara de mantener las tradiciones familiares? ¿Has conocido otras mujeres de mi familia? (Suspense)

Eseena VI

(Gabriela vestida de negro y Elvira con el traje morado de los suicidas, se hacen presentes en los escalones de los muertos)

D. JUAN. - (sin mirarlas) Por vez primera visito esta casa.

ADA. - El miedo de ser descubierto sospecho que te hace mentiroso como un niño. Te impresionó demasiado el hecho de que yo haya contrariado la tradición familiar. ~~¿cómo?~~ Tú eres un "habitué" de esta casa. Yo que tú, me quitaba el antifaz para que jugásemos a cara limpia. Pero no te lo pido porque me gusta jugar con el azar. Más aún, te <sup>exijo</sup> ~~quiero~~ que no te lo quites. Me gustaría conquistar a un hombre sin saber mucho de su rostro.

(Gabriela y Elvira cubriéndose los rostros, hacen mutis)

Eseena VII

Suenan los primeros compases de un tango: *Solo de Danzadora y una voz:* "Mina que te manyo de hace rato, perdoname si te bato...." Don Juan baila con Ada treinta segundos de baile.

ADA. - A esto que me está sucediendo muchos consideran que es hacer una experiencia.

D. JUAN. - No hables, esta es la única danza sin palabras, casi como...

ADA. - ¿Como qué?

D. JUAN. - No es un baile, llamémosle mejor un rito. Es un bello acoplamiento musical.

Eseena VIII

Elvira vestida de morado (suicida), Felipe, marido de Sonia, viste de negro, muerte natural, enfermedad. Apoyados en las sillas

hablan sin movimientos. Elvira, como poseída por una ~~admiración~~.  
Siguen bailando sin música para marear el acoplamiento.

ELVIRA.- El amor y la muerte...un rito, una forma de disimular los ins-  
tintos primarios. Tal vez ambos piensen de distinta forma, pero  
están al borde de sentir a la par. Quizás disfruten de una misma  
sensación. ¿Por qué Ada habría de ser diferente <sup>de</sup> su madre? Vi-  
vió en la misma atmósfera.

OSCAR.- No empieces a analizarla.

ELVIRA.- Así, por los siglos de los siglos. Caí en el piélago. Debo repetir  
el abismo. No impidas que avance hasta el borde del agua. El la-  
go ahora me atrae. Me sacarás del fondo inanimada.  
*en quel. nos*  
(Vieja, desde el comienzo del diálogo bajará la cabeza eubrién-  
dosela con los brazos)

Bebí hasta el colmo. Si te acereas, Oscar, no conseguiré flotar  
como el tronco seco de un sauce. (sigue el baile) Quiero que  
me veas flotar como castigo a mi falta. Mi suicidio es libera-  
ción para mis instintos carnales. Así moriré noche tras noche  
repitiendo la escena. A veces pienso que también ellos están  
muertos. Pero no me ven porque están vivos. Ada ~~me~~ está enamora-  
da de Don Juan. El abandonó a mi madre por mí. Un día le dijo:  
"Gabriela, pienso que has envejecido". Y mi madre había enveje-  
cido porque estaba enamorada sin correspondencia. Sí, yo era  
entonces de Don Juan y ella no lo sabía porque guardaba la ven-  
da en los ojos. La mujer se entrega al amor casi siempre igno-  
rándolo. Es como la humedad de los muros que pone verdín sin  
que se sepa después de donde florece el color. No recogas mi  
chal que flota en el agua, Oscar, hermano mío. Tiende los bra-  
zos para que caiga en ellos. Esta es mi confesión. (Se deja  
caer en brazos de su hermano) Repite el instante de la muerte.

Luego se apagan las luces y mutis de ambos.

Eseena IX

ADA.- (Separándose de D. Juan) ¡Esto es un infierno, déjame respirar!

D. JUAN.- El tango es un baile con aseñas.

ADA.- Es un baile infernal (se acerca a Vieja y le grita: que termine el tango, por favor!

(Vieja se incorpora, abre los cortinados y ordena:)

VIEJA.- Zamba, <sup>zamba</sup> zamba!

(Se oyen los violentos acordes de una zamba que Ada y D. Juan empiezan a bailar y no bien atrapan el ritmo, cesa la música y prosigue el diálogo entre ambos)

D. JUAN.- ¿No quieres saber con quién bailas?

ADA.- Bailo, eso es todo.

D. JUAN.- ¿La danza por la danza?

ADA.- El ritmo por el ritmo.

D. JUAN.- ¿Te importaba la letra del tango?

ADA.- Sí, bailaba sobre la letra, sobre una charca turbia.

D. JUAN.- ¿Eras entonces una criatura desdichada?

ADA.- El amor es triste.

D. JUAN.- Pienso como tú, por vez primera.

ADA.- ¿Cuánto me gusta lo que dices! Yo también, tal vez... por la primera vez, por la primera vez.

D. JUAN.- No quisiera ser ladrón de tu primicia.

ADA.- Ya ha dejado de serlo.

D. JUAN.- ¿Por qué?

ADA.- Hablamos en tiempo pasado.

D. JUAN.- ¿Es motivo de tristeza?

ADA.- Al amar, si amamos de veras, nos domina la certeza de tener algo que perder.

D. JUAN.- No obligas a pensar.

ADA.- Estás seguro<sup>de</sup> que tu juego se aleja del cálculo?

D. JUAN.- Casi no sé lo que dices.

VIEJA.- Un callejón sin salida. Había que buscar la ~~salida~~ <sup>salida</sup> imprevista. Si cada espectador la puede ir imaginando, el torneo de inteligencias (se dirige al público) en juego, ~~podría~~ <sup>podría</sup> resultar interesante. El autor, lo sabemos, cree que habitamos un continente hórrico de imaginación, donde la inventiva está apagada o reducida por un violento complejo de inferioridad, donde no campea precisamente el ingenio a la par de la miseria. La salida de este callejón podría estar librada a cada espectador. ~~La salida~~ ~~de este callejón~~ Nuestro hemisferio es pobre. Formamos parte de un enorme vacío. En nuestras molteras no surgen endriagos y mandrágoras. Por lo tanto quedan pocas esperanzas. Don Juan tiene la palabra.

D. JUAN.- (insinuante) Si desearas saber quién soy.

ADA.- No te apresures. Mi fuerte no es la curiosidad que muchos atribuyen al sexo femenino. No quiero saber quién eres, pero no creas que por ello me desintereso de tu persona carnal. Sensación por sensación, me da lo mismo que te llames Juan, Pedro Diego, que seas barbilampión o Barba Azul.

D. JUAN.- ¿Tan indiferente resultas?

ADA.- Los hombres, ¿eres que se diferencian mucho los unos de los otros?

D. JUAN.- ¿En materia de amor?

ADA.- ¿Y de qué otra cosa estamos hablando? ¿Eres tan frívolo que prefieres cambiar de tema, de asunto? De continuar así sospecharé quién eres, y adiós encanto!

D. JUAN.- Menos mal que confieras haber pasado por un trance. Ya es algo. Culminar en el éxtasis sería una perfección humana muy feliz.

ADA.- ¿Necesitaría saber ciertamente quién eres?

D.JUAN.- Dices "ciertamente"... Entonces presumes quién soy.

ADA.- En un baile de máscaras hasta podrías ser una mujer... Tengo una sola certeza. Eres un hombre porque te sueles equivocar sin mucha malicia. Coña de hombres.

D.JUAN.- He intentado ser tornadizo y versátil como las mujeres.

ADA.- Ya lo sé, para complacerlas. Cuando tenías a tu lado una tonta, casi has sido tonto. Cuando te gustó un marimacho jugaste el papel de doncella que se deja violar. Cuando se te dió la sentimental supiste verter falsas o auténticas lágrimas. El instinto del conquistador es salvarse, y te has salvado. Hasta el día de hoy estás a salvo.

D.JUAN.- Es que ahora quiero perderme.

ADA.- Es la manera, el modo que empleas para ganarme, para sumarme en <sup>la</sup> ~~ta~~ larga cuenta esplendorosa <sup>de</sup> tu memoria, donde estaré guardada como botín o tesoro.

D.JUAN.- Quiero perder la memoria, precisamente perderla, que es perderme para siempre, para ganar tu amor.

ADA.- Ya es tarde para jugar a perder o ganar.

D.JUAN.- ¿Acaso sabes quién soy?

ADA.- Como todos los hombres, pero con más coraje. En un poema de mi bisabuelo se habla de un ser que "reparte coronas de alegría". Tú podrías ser ese personaje que creó mi bisabuelo, el poeta de esa silla que nadie ocupa. Quizás lo seas porque la naturaleza imita al Arte.

D.JUAN.- Renuncio a ser ese personaje; quiero ser yo mismo y perderme. ¿No quieres saber quién soy, por lo menos?

ADA.- Eres de una vanidad indescriptible. Sabes que tu reputación te ayuda a vivir, que tu pasado te sirve para abrirte camino. Casi

diría ahora que ya no te ignoro y que al suponer quién eres pierdo interés por tu persona. Mi madre me hablaba seguido de un hombre, ejemplar, único, que conociera en su juventud. No me dijo el nombre pero aseguraba que en todos los hombres que trató, encontraba como "retazos," fueron estas sus palabras, retazos de aquel hombre. Montaba un árabe blanco que no alcancé a conocer. Le ponía nombres raros a sus cabalgaduras. Incitatus, el caballo de Calígula, tenía arreos de plata y oro.

D.JUAN.- ¡Qué desplantes!

ADA.- No eran desplantes. Todo se acomodaba a su modo de ser, de actuar. (pausa) Mi madre me dijo que temía a la palabra muerte en tal forma que parecía un mariscal que jamás daría una batalla.

D.JUAN.- Sería un vencido.

ADA.- Los vencidos no temen a la muerte.

D.JUAN.- ¿Dijo acaso su nombre?

ADA.- Juan... Pedro o Diego, da lo mismo. Era un amigo de mi abuelo, un hombre desconcertante y hermoso.

D.JUAN.- ¿Qué le atraían? ¿Su modo de ser o su físico?

ADA.- Tengo entendido que la fascinaban ambas cosas por igual. Fue descubriéndolas en otros hombres, pero no pudo encontrarlas reunidas en uno solo. A veces se preguntó si yo encontraría esas calidades en una misma persona. Mi madre sembró mi curiosidad. (Mira a D.Juan intencionalmente y ante su silencio continúa:) Sé lo que estás pensando, que no tengo la menor curiosidad por saber si un personaje de semejantes dotes puede haber bailado conmigo. Adivino tu vanidad. Podías ser...

D.JUAN.- (Le tapa la boca con la palma de la mano) Sabes quién soy, ahora, pero no sabías quien te ceñía la cintura al bailar. Prefieres al desconocido, lo sé. También lo preferiría yo, Ada. ¿Me de-

¿jas quitarme el antifaz? No quiero que mi rostro tenga una sola sombra. (Hace gesto de quitarse el antifaz)

ADA.-- No, consérvalo puesto aunque yo sepa quién eres. Quiero conocer a dos hombres a un tiempo: al desconcertante y al hermoso. No elegiré, puedes estar seguro, *Me fascina* el desconcertante, te confieso. Le temo al hermoso. Podría *hacerle* amarle.

D.JUAN.-- ¿Estás segura de poder amar?

ADA.-- También matar. ¿No eres tú acaso el de la tradicional tisana? ¿Verdad que eres tú el de la infusión pampeana? (con burla) "Toda la soledad de la pampa en una taza con agua, y luego..."

VIEJA.-- Juega con las palabras, juega con fuego. Aquí estoy yo, para el epílogo, representando a mucha gente loca y a no pocos sensatos.

D.JUAN.-- No sé si tus palabras son tan maduras como tus reacciones.

ADA.-- ¿A qué reacciones te refieres?

D.JUAN.-- La danza transforma a la mujer en un instrumento. Una vez templado, hay que recorrer tonos altos y bajos. ¿Nunca tuviste la curiosidad de aproximarte al que toca la guitarra para sentir como si la pulsaras?

ADA.-- Mi madre me contó con nostalgia de una noche con guitarras bajo este mismo techo.

D.JUAN.-- Sí que fué inolvidable. ¿Te gusta recordar?

ADA.-- Un buen rok and roll, es el mejor remedio para borrar recuerdos. Por eso lo bailamos nosotros hoy día. Un par de saltos por las rendijas de la música y se huye como por entre las ruinas más vestustas.

D.JUAN.-- ¡Si tuvieses recuerdos!...

ADA.-- Porque los tengo, sé borrarlos. Tú no, morirás cubierto de hojarrasas.

D.JUAN.-- El amor siempre muere.

ADA.-- Tu voz me aleanza. Si estuviese lejos me atraerías como atraen los espejos a las alondras. *Debe haber sido* ~~comprando que fue~~ tu voz lo más decisivo en tu existencia.

D. JUAN.--Nadie me lo dijo jamás.

ADA.-- Ignoraste tu única fuerza. Es una buena ley en la batalla. Ni eres hermoso ni eres desconcertante...Eres una voz, pero qué voz la tuya. (Se le acerca) *Entre el bronce y los cristales.*

D. JUAN.--Tengo sed.

ADA.-- Siempre has tenido ~~sed~~. Del pozo de tu sed mana tu voz.

D. JUAN.--No sé como agradecerte la revelación. Ignoraba la llave de oro que tenía en mi llavero.

ADA.-- Y has usado las ganzúas desdofiendo la llave.

D. JUAN.--Me tratas como a un niño.

ADA.-- Un sentimiento maternal me impulsa hacia tí. (Intenta acariciarlo)

D. JUAN.--No, así no, con otro sentimiento.

ADA.-- Vaya a saber si no se te tuvo siempre un poco de piedad.

TIETA.-- Quizás esto que acabamos de oír suene a nuevo. El doctor Marañón no lo dice porque es nada más que eso: un doctor. Ignoré la vida. Este femenino y natural apiadarse del hombre sediento, podría darnos la clave del donjuanismo. Una samaritana en cada esquina. ¿No dan lástima estos hombres que padecen una sed ~~descontrolada?~~ *incontrolada?*

ADA.-- Déjame acariciarte (lo acaricia) ¿Has dicho que tienes sed?

D. JUAN.--Tómalo como una metáfora si quieres.

ADA.-- Cuando sientas secos los labios...

D. JUAN.--(Besándola) ¡Beberé!

ADA.-- (Separándolo suavemente) Te has besado a ti mismo, desdichado, porque cuando debiste hacerlo no lo hiciste y ahora te acusa una sed distinta. ¡Qué torpeza!

D. JUAN.--(Apasionadamente) Cuando debí besarte. ¿Cuándo?

ADA.- Cuando bailábamos. El tiempo es tornadizo y ahora besarse es apenas despertar. ¡Ni eso!

D. JUAN.- Quiero que sepas quién soy. (Se quita el antifaz)

ADA.- Eres el mismo. Yo quise ignorarte para un ejercicio de amor y quizás lo haya logrado.

D. JUAN.- Pero ¿cuándo, cuándo?

ADA.- Al sentirme poseída por el miedo. En ese instante por ti ignorando ¿sabes que tuve miedo? Pues al temerte, te quise como nunca me había ocurrido. Necesité ser protegida.

D. JUAN.- Y ¿has perdido el miedo?

ADA.- Otros sentimientos vinieron después, confusos y distintos.

D. JUAN.- Me desconciertas, Ada,

ADA.- Empiezas a temerme. Te llega el turno.

D. JUAN.- Ahora sí, sabes qué belleza es la tuya porque has conseguido acercarme a estos bordes indefinidos donde cualquier movimiento mío es vispera de abismo. Te repito que quiero perderme.

ADA.- Es una forma de hablar. Yo estás perdido y lo disimulas. Ocultas la verdad.

VIEJA.- ¡Habrá sido el ideal de Don Juan el perderse, sin jamás haberlo logrado? El drama de Don Juan, ¿no será una búsqueda infinita? ¡Vamos! Don Juan, ¿qué puede desilusionarte <sup>te</sup> esta criatura angelical, virginal, capaz de jugar a las brujas?

D. JUAN.- Nunca fui rechazado y ahora no me perdono lo desdenado sin razón. Dejé pasar, apresurando la marcha, a quienes no me hacían perder la memoria. Añoraba lo conquistado en una fútil y constante comparación.

ADA.- ¿No me comparas con otra?

D. JUAN.- Hay algo inédito en nuestras relaciones. Tú, no buseas, y en cambio encuentras. Yo busqué, y nunca pude encontrar.

ADA.- ¿Te baseaste a tí mismo?

D.JUAN.- Sabía que no podría hallarme. Te repito: siempre intenté perderme, enloquecerme, ~~me~~ enajenarme.

ADA.- Algún día serás, quizás esta noche.

D.JUAN.- ¡Nunca conjugué el verbo enajenar!

ADA.- ¿Yo enajeno?

D.JUAN.- Tú enajenas.

ADA.- ¿Hablas <sup>de</sup> de enloquecer?

D.JUAN.- Perder el juicio, morir en vida.

VIEJA.- Eso puede ser el colmo de su historiada búsqueda.

D.JUAN.- Quiero que me beses.

ADA.- Antes beberás tu tisana. Vieja te la servirá como ~~no~~ largo de tu vida. No fuiste alcohólico para no perder los estribos.

(Vieja sirve la imaginaria tisana a D. Juan. Este bebe en la pantomima lenta, sorbo a sorbo)

D.JUAN.- Beber, quizás morir.

ADA.- Morir, quizás beber.

D.JUAN.- No podrás negar que nos hemos ~~amado~~ amado.

ADA. - He amado a un fantasma, ¿por qué negarlo? Utilizaste tres ritmos musicales como un autómata. Y no te diré qué danza es la que te cuadra porque la mujer ocultará siempre cuál es el ritmo que la perturba, cuál puede perderla. Jamás dirá al hombre: "este es el instante, es esta la música de mi cuerpo, el son de mi alma." Esto se llama pudor, pero no es verdad. Es simple defensa orgánica.

D.JUAN.- Deseubriré tus sentimientos por cualquier medio.

ADA.- Ilícito.

D.JUAN.- Todo es ilícito en el amor. Sabré el secreto de tu debilidad.

ADA.- Disimularé mis sentimientos y nunca sabrás totalmente la verdad.

D.JUAN.- ¿Nunca la sabré?

ADA.- Por los siglos de los siglos. Si te digo que sí, dudarías. Si te lo niego, podrás dudar también. Yo en cambio tengo la certeza de que alguna vez me sentáste y que puedes darte todo entero. Tú dudarás de mí. Haz memoria. ¿Podrías dudar de todas tus samaritanas?

D. JUAN.- ¿Por los siglos de los siglos? (Bebe la tisana y cae muerto)  
(Una breve agonía hasta que Vieja levanta un brazo de D. Juan y éste lo deja caer a plomo como marcando el trance. Una luz roja bañará a D. Juan. Ha muerto de muerte violenta.)

ADA.- (Besa en los labios a D. Juan y cae sobre él.)  
Pobre infeliz, vivió su alegre tormento.

VIEJA.- (Al público) Buseaste día y noche sin cesar, sin escrúpulos, sin pudor, sin recato. Buseaste en vano. Te levantamos del suelo ayer, hoy, mañana, con pena recogida, con misericordia interesada.. Rodaste orgulloso, aprovechando, mintiéndote a tí mismo, pueril y solo. Dios se entretuvo con tus posturas y nosotras gustosas servimos para su sonrisa disimulada. Buseón incesante, sal de la tierra, ¡bendito seas! Muerto estás, y ahora empezamos nosotras las mujeres a entretener el ocio de Dios. Ya te dejamos atrás, heroico fantoche. Descansa ~~en paz~~ sin paz. ¿No creen ustedes que todos, todos, estamos muertos, por los siglos de los siglos? (Se quita la peluca y las ropas y alza los brazos. Es bella. Suelta los cabellos. Ríe.)  
¿O que no morimos jamás porque el amor reparte coronas de alegría?  
(Todos los muertos salen a escena)

CAE LENTO EL TELON